

BOLSIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

FLOR DE ASFALTO

Adam Surray

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



ADAM SURRAY

Flor de asfalto

Colección PUNTO ROJO nº 988. Bruguera – mar/1981

CAPÍTULO PRIMERO

Eddie Friedrich arrojó el billete sobre el mostrador.

Un billete sucio y arrugado. El rostro de Lincoln era una borrosa sombra bañada en mugre.

Friedrich sonrió.

Aquel billete de cinco dólares no desentonaba en el local. Bounty rebosaba suciedad por todos los rincones. Lo único brillante era la calva de Ralph Logan.

—¡Eh, Ralph...! Otro whisky.

Ralph Logan se pasó el trapo de secar los vasos por la nariz.

Acto seguido se aproximó arrastrando los pies tras el mostrador.

Contempló con tristeza el billete sucio y arrugado.

—Lo siento, Eddie. Con este billete pagas lo consumido. Ya no cubre más whisky.

—¿De veras? Entonces apúntalo en mi cuenta. Mañana me pasaré por el banco a retirar fondos. Ahora me encuentro sin un centavo más en los bolsillos. Puedes ponerme boca abajo, Ralph. No escupiré un solo centavo.

Logan entornó los ojos.

Fijos en el individuo del taburete.

Eddie Friedrich. De unos treinta años de edad. Tal vez alguno menos.

Rostro agradable, aunque sin resultar atractivo. A lo Belmondo.

Movimientos cansinos.

Incluso su hablar era pausado, como si le costara un gran esfuerzo unir una palabra a otra.

Vestía chaqueta sport, camisa de cuello abierto y pantalones oscuros.

—Lo lamento, Eddie. No puedo fiarte. Ni un solo trago.

—¿Eres tú quien habla, Ralph? ¡No puedo creerlo...! Eres como un segundo padre para mí. Puede incluso que mi verdadero padre.

Logan rió por lo bajo.

Conocía a Eddie Friedrich desde que salió del reformatorio de Sarrisville.

No.

Antes.

Cuando apareció envuelto en periódicos frente al hogar del reverendo Douglas.

Recién nacido.

Nadie se hizo cargo de él y pasó a una institución benéfica. Nadie lo reclamó jamás. Desde su salida del reformatorio de Sarrisville, a los diecisiete años de edad, deambulaba por Barrio Shawn.

—No soy tu padre, Eddie.

—¿Seguro? No importa. Merecerías serlo, Ralph. Me resultas simpático.

—No hay whisky, Eddie. Lo ha prohibido el patrón. No debo fiar a nadie. Tú no quieres verme en problemas, ¿verdad, muchacho?
Friedrich sonrió.

En sus grises ojos, de cínico y burlón destello, se acentuó el brillo.

—Por supuesto que no, Ralph. Jamás ocasiono dificultades a un amigo. Me largo. Tu compañía, sin whisky, es aburrida.

—Hasta mañana, muchacho.

Eddie Friedrich abandonó el local.

Le envolvió la oscuridad de la noche.

Los alegres y multicolores luminosos de neón de North Wells Street no llegaban hasta allí.

Barrio Shawn era una de las zonas más míseras de Chicago.

Habitada en su mayoría por negros, hispanoparlantes y fracasados.

Friedrich pertenecía al último grupo.

Su vivienda era una buhardilla en Gindes Road. A poca distancia del local de Logan.

Eddie Friedrich ahogó un suspiro al comprobar el último cigarrillo de la cajetilla.

Sin whisky, sin tabaco y sin dinero.

Encendió el cigarrillo encaminando sus pasos hacia el Wolfe Center.

Era demasiado pronto para retirarse a dormir. Máxime con la cabeza despejada.

El Wolfe Center lo formaba una circular plaza donde se alzaban los locales más importantes de Shawn. Un par de bancos, el Clown Teatre, el Fairy Club, Hawalka y algún otro *night-club* más. No eran gran cosa, pero sí lo mejorcito del lugar.

En alguno de aquellos locales se practicaba un show prohibido.

Algo fuera de serie que hacía acudir a los refinados de North Wells Street. Emociones fuertes que no se encontraban en los elegantes clubs del centro de Chicago. Atracciones marcadamente porno y sadomasoquistas amenizadas con clandestino consumo de drogas duras en reservados especiales.

En todos los locales del Wolfe Center y alrededores era obligado el ticket de entrada.

De ahí que Friedrich terminara pronto su deambular.

Fue en Hall Street.

Al bordear la esquina y detenerse frente al semáforo de la calzada.

Junto a uno de los postes del agua.

—¿Aburrido?

La voz femenina hizo respingar a Eddie Friedrich.

No se había percatado de la presencia de la mujer. Avanzó hacia el semáforo.

El cambio de disco la bañó con su rojiza luz.

Era joven.

Al menos lo aparentaba.
De unos veinticinco años de edad.
Rostro maquillado en exceso.
En especial los carnosos labios.
Sus ojos, negros como la misma noche, abanicados por largas pestañas.
Lucía un ceñido vestido de audaz escote.
La tela presionaba los senos remarcando el saliente botón de los pezones.
Un bolso de mano a juego con los zapatos completaba su vestimenta.
Los labios de la mujer sonreían.
Friedrich correspondió a esa sonrisa.
—Más aburrido que un grillo afónico.
—Y solo.
—Correcto —asintió Eddie—. Solo como un perro.
—Eso tiene fácil solución. Yo también estoy sola y aburrida. ¿Qué te parece si nos animamos en el Stefanis? Por ciento cincuenta dólares podemos ventilarnos una botella de champán en uno de los reservados. ¿Conoces los reservados del Stefanis? Son muy confortables. Con un mullido sofá que puede transformarse en cama.
—No me gusta el champán.
La sonrisa no desapareció de los gordezuelos labios femeninos.
—*Okay*. Suprimimos el chamán y el reservado. Cien dólares en el Jordan Hotel.
Eddie se aproximó.
Contemplando más detenidamente a la mujer.
Sí.
Era muy joven.
El abundante maquillaje, sin duda deliberado, la hacía mayor; sin embargo no sobrepasaría los veintidós o veintitrés años de edad. Sus facciones eran perfectas. De sensual belleza.
Eddie Friedrich se reflejó en aquellos ojos negros.
Profundos y misteriosos.
El ágata de aquellos ojos era apagado, triste, en contraste con la abierta sonrisa de los labios.
—No recuerdo haberte visto antes. ¿Puedo conocer tu nombre?
—Carolyn Eggar.
—Pues bien, Carolyn. Jamás he sido un tipo ambicioso, pero hoy es uno de esos días en que lamento no estar forrado de dólares para poder ponerlos a tus pies. Ahora, después de conocerte, mi aburrimiento será mayor y mi soledad más amarga.
—¿No tienes cien dólares?
—No, Carolyn.
Se miraron a los ojos.

—¿Cincuenta?

—No puedo ni invitarte a una coca cola. Si mi vida dependiera ahora mismo de un solo centavo, la perdería. Lo lamento, Carolyn. Adiós.

—Adiós...

Eddie se disponía a cruzar la calzada, pero se detuvo ante el semáforo en rojo y la aparición de un Pontiac.

El vehículo pasó a gran velocidad para acto seguido detenerse con estridente chirriar de frenos.

El Pontiac dio marcha atrás.

Se abrió la portezuela delantera asomando el rostro de un individuo.

—¡Eh, muñeca...! ¡Sube!

Carolyn siguió inmóvil junto al poste del agua.

Ajena a la llamada.

El individuo del Pontiac recorrió lascivamente el cuerpo femenino.

Devorando a la muchacha con la mirada.

—¿No me has oído...? ¡Es a ti, nena! ¡Sube...!

—¡Vete al diablo!

El tipo bizqueó por la respuesta de Carolyn.

Reaccionó llevando la diestra al bolsillo interior de la chaqueta para mostrar un fajo de billetes.

—¡Mira esto, muñeca...! Hoy he tenido un buen día. ¡Y quiero celebrarlo por todo lo alto! ¿Qué te parecen trescientos dólares?

Carolyn fijó sus negros ojos en el individuo.

Se aproximó lentamente al vehículo.

A cada paso los senos se balanceaban provocativos.

Como si fueran a salirse del pronunciado escote.

—Toda la noche, ¿eh, nena? —advirtió el individuo, también con los ojos como si fueran a salirse de las órbitas—. Supongo que por trescientos dólares incluirás algún numerito especial...

El hombre no continuó hablando.

Carolyn le había cerrado violentamente la portezuela.

Por milagro no le alcanzó los dedos de la mano derecha.

La joven prosiguió caminando hasta terminar de cruzar la calzada.

Hacia donde estaba Eddie Friedrich.

—No me has dicho tu nombre —sonrió Carolyn, dulcemente—. ¿Cómo te llamas?

—Friedrich... Eddie Friedrich...

—Te invito a un whisky, Eddie. ¿Aceptas?

El Pontiac rugió sobre el asfalto.

Junto al ruido del motor llegó la furiosa voz del individuo:

—¡Sucia ramera...!

Eddie Friedrich giró, pero ya el vehículo se alejaba a gran velocidad por Hall Street.

—Tengo aquí mi auto, Eddie.

—¿Vamos a seguirle?

Carolyn rió en cantarina carcajada.

—¿Crees acaso que merece la pena? Es un pobre diablo... Vamos a mi apartamento. Allí tengo una botella de Johnnie Walker sin abrir. Reservada sólo para los buenos amigos.

El auto resultó ser un Mercury ya con algunos años de circulación.

Y el trayecto a recorrer fue corto.

Hasta Duvall Street.

Sin salirse del populoso Barrio Shawn.

El 771 de Duvall Street.

Un edificio de seis plantas.

De gris fachada.

Con ocho peldaños de escalinata a la entrada.

Descendieron del auto.

—Espero que no te importe subir cuatro pisos —sonrió la muchacha

—. La casa carece de ascensor.

—Yo habito en una buhardilla. También sin ascensor.

Carolyn, al penetrar en el edificio, accionó el interruptor que iluminaba la escalera.

Altos peldaños escoltados por húmedas paredes.

—Ningún cliente pisa mi apartamento, Eddie. Es mi norma. El Stefanis, el Jordan o cualquier otro hotel de confianza. Nunca en mi apartamento. Aquí sólo recibo a los amigos.

—¿Tienes muchos?

Carolyn se detuvo en el rellano de la segunda planta.

Giró sonriente hacia Friedrich.

—Muy pocos. ¿Y tú?

—No recuerdo a ninguno.

—A partir de hoy cuenta conmigo, Eddie.

Friedrich no hizo ningún comentario. Le sorprendía el comportamiento de la joven, pero decidió no pensar en ello.

Toda su atención quedó centrada en Carolyn.

En el movimiento sensual de sus caderas.

La ceñida tela del vestido marcaba el reducido slip a cada peldaño.

Sí.

Mejor no pensar en nada más.

CAPÍTULO II

Eddie Friedrich extendió el brazo derecho para aplastar el cigarrillo sobre el cenicero de la mesa de noche.

Contempló fijamente a Carolyn.

La muchacha le sonreía con el rostro aún encendido.

Acusando la sensual batalla librada.

Sus facciones, al despojarse del maquillaje, habían incrementado en belleza.

—¿Por qué, Carolyn?

—¿Qué quieres decir?

—Demasiado lo sabes. Rechazaste a aquel fulano. Sus trescientos dólares. Y yo no tengo un centavo. ¿Fue una obra de caridad?

La joven rió alegremente.

Se ladeó en el lecho posando el brazo izquierdo sobre el desnudo tórax de Friedrich. También le abarcó con la pierna izquierda.

—No, Eddie. No fue una obra de caridad. Estabas solo y yo también. Aquel individuo me hubiera proporcionado trescientos dólares, pero no compañía. Y esta noche necesitaba compañía. Al igual que tú.

—Extraño comportamiento en una...

—¿Prostituta?

—No era mi intención ofenderte, Carolyn.

—No lo has hecho. ¿En verdad te sorprende mi comportamiento?

—En parte. Actualmente nadie da nada por nada.

Ni tan siquiera una mirada de consuelo. Se puede encontrar, aunque con cierta dificultad, entre los más desgraciados. Ellos sí se ayudan entre sí. Pueden darlo todo porque nada tienen. Conozco muchos así en Barrio Shawn. Yo soy uno de ellos. Hace una semana estaba descargando en los muelles. Un trabajo eventual. Saqué unos trescientos dólares.

—Y ahora no tienes un centavo.

—Pagué unos atrasos pendientes. El resto, unos doscientos, a la viuda de Peter Robson. Peter era un buen fulano. Murió aplastado por un camión. Entregar esos doscientos dólares no fue generosidad, sino justicia. Los Robson me sentaron muchas veces a su mesa. Cuando era un muchacho. Todos tenemos un motivo que justifique la aparente generosidad.

—También yo, Eddie. Ya te lo he dicho. Te vi solo. Y yo hoy necesitaba compañía. No la de un individuo como el del Pontiac, sino hombres como tú. Hombres nobles de Barrio Shawn.

—Tú no eres de aquí. No perteneces a Barrio Shawn.

—Llevo algo más de un año. Desde que... —Carolyn, tras larga pausa, forzó una sonrisa añadiendo—: Bueno, poco importa. No soy de Barrio Shawn, pero mi infancia transcurrió en un barrio muy similar. De ahí

que conozca a sus hombres. De ahí que te eligiera a ti.

—Apuesto que puedes costear un apartamento fuera de Barrio Shawn. Este lo tienes magníficamente amueblado y acogedor; pero no deja de estar en Barrio Shawn.

—Pronto me iré de aquí, Eddie. Puede que esta misma semana. Mi vida va a cambiar. Mis sueños serán una realidad. Todo cuanto he sufrido quedará atrás. Lo borraré de mi mente.

—Eso es difícil, Carolyn.

—Yo voy a conseguirlo —murmuró la muchacha—.

Toda mi vida ha sido un cúmulo de desgracias; pero mi buena estrella empieza por fin a brillar... No quiero contar penas, Eddie. Hablemos de ti.

—¡Infiernos...! Lo mío dejaría sin lágrimas a un cocodrilo.

—¿Qué haces, Eddie? ¿A qué te dedicas?

—¿Has oído hablar de la clásica historia del niño abandonado ante el hogar de una familia rica y sin hijos?

Carolyn asintió divertida.

—¿Es la tuya?

—Ahá. Con pequeñas variantes. A mí me abandonaron sin el característico medallón grabado y sin pañales de seda. Envuelto en periódicos y frente a la miserable casa de un reverendo cargado de hijos. Mi infancia la pasé en instituciones benéficas. Incluido el reformatorio de Sarrisville. De allí salí merced a la tutela que me ofrecieron los Robson. Empecé a trabajar por el día y estudiar por las noches. Lo normal en Barrio Shawn.

—También abundan los delincuentes.

—No me tentó. Conocí a muchos en Sarrisville. Hasta la fecha he hecho de repartidor, camarero, boxeador, camionero, policía y detective privado.

Carolyn agrandó los ojos.

En su bello rostro una mueca de estupor.

—¿Detective privado...? ¡No te creo!

—Es cierto —afirmó Eddie, sonriente—. Hace apenas unos seis meses gozaba de una licencia de investigador privado. Me fue concedida tras cuatro años de policía. Los dos últimos en el Departamento de Homicidios.

—Detective privado...

—Ahá.

—¡Como en las películas!

—No, Carolyn. Dista mucho de ser como en las películas. Al menos en Barrio Shawn. Me fue mal. Fui un iluso. Presenté mi renuncia en el Departamento de Homicidios. Fueron cuatro años de policía. Primero como vulgar agente de patrulla. Estudié de firme y a los dos años me destinaron a Homicidios. Tenía un buen futuro.

—¿Por qué renunciaste?

Friedrich tendió la diestra hacia la mesa de noche atrapando la cajetilla de Fact. Aborrecía el mentolado, pero Carolyn no tenía otro.

—Si ingresé en la policía fue por ayudar a los de Barrio Shawn. Se cometen muchas injusticias. Pronto descubrí que algunos policías eran los causantes de ellas o fingían ignorarlas. Pensé que, como investigador privado, tendría las manos libres para actuar y decidir. Sin estar sometido a una disciplina. Solucioné algunos casos sin importancia. No me reportaban beneficios, pero sí la gratitud de muchos habitantes de Barrio Shawn.

Eddie Friedrich hizo una pausa exhalando una bocanada de humo.

Sonrió ofreciendo el cigarrillo a Carolyn para acto seguido continuar hablando.

—Varios comerciantes de Barrio Shawn, pequeñas empresas, estaban siendo amenazados por unos individuos. La clásica cuota de protección inventada en los años treinta y que todavía hoy le siguen sacando jugo. Los comerciantes acudieron a mí.

—Y solucionaste el caso.

—Sí. Descubrí al culpable. El grupo lo formaban tan sólo tres individuos. Tres pobres desgraciados dirigidos por el subjefe de policía del Distrito Catorce. Les hice confesar y presenté la denuncia. El comisario Lewis se hizo cargo del asunto. Los tres fulanos, debidamente... aconsejados, declararon que actuaban solos.

Y que no conocían al subjefe del Distrito Catorce. Fui acusado de difamación y algunas cosas más. Y me retiraron la licencia de investigador privado.

—No me sorprende. Conozco muchos casos similares. De mayor calibre. ¿Qué fue del subjefe del Distrito Catorce?

—A las pocas semanas fue obligado a dimitir. Así se reconocía la verdad de mi acusación; pero para la opinión pública la honorabilidad del Distrito Catorce continuaba inmaculada.

—¿A qué te dedicas ahora?

Friedrich tomó el cigarrillo.

Le dio las últimas chupadas.

—Nada en particular. Acepto cualquier trabajo honrado que se me ofrece. Yo soy así de idiota.

La muchacha sonrió apretándose más contra Friedrich.

Acarició el pecho masculino a la vez que movía su pierna sobre el vientre de Eddie.

—Me gustas, Eddie, Hablas sin rencor alguno. Sin odio... ¿No te agradaría tener mucho dinero y abandonar Barrio Shawn?

—Me gustaría tener mucho dinero, pero no para salir de Barrio Shawn, sino para cambiarlo.

La joven se tendió sobre Friedrich.

Entreabrió los labios para besarle en la boca.

—Decididamente eres un iluso, Eddie... Siempre habrá pobres y ricos. Dictadores y oprimidos. El Chicago de los magnates y el Chicago de los fracasados... Lo demás son sueños. Fantasías. Para salir del fango debe luchar uno mismo. Sin esperar ayuda que nunca recibirá. Yo voy a salir del fango, Eddie. Por primera vez voy a vivir realmente. Una vida maravillosa... Siento grandes deseos de vivir y amar... amar...

Carolyn volvió a aproximar sus labios.

Al unirlos a los de Friedrich comenzó a moverse lenta y sensual.

Primero subió para ofrecer el fresado fruto de sus pechos ante el rostro de Friedrich. Este los devoró prodigando lujuriosos besos, fustigándolos con la lengua... caricias que excitaban a Carolyn.

—Eddie... Eddie...

Fue Carolyn la que se colocó de espaldas.

La que provocó la unión.

Con el rostro nuevamente encendido por la pasión.

Ella inició el acompasado vaivén preludio de la escalada amorosa.

Eran algo más que dos cuerpos jadeantes.

Eddie Friedrich y Carolyn compartían su soledad en un Chicago de millones de habitantes.

* * *

—Eddie...

—¿Sí?

—No es necesario que te vayas. Puedes pasar aquí la noche si lo deseas.

Friedrich sonrió terminando de ajustarse el pantalón.

—No, Carolyn. No quiero abusar más de tu hospitalidad. Además..., tengo que darle la cena al gato.

—¡Bonita disculpa...!

—No me crees, ¿eh?

—Por supuesto que no. Oye, Eddie..., no te enfades, pero puedo dejarte unos pocos dólares. Un préstamo, claro. Me los devolverás cuando...

Carolyn no pudo seguir hablando.

Sus húmedos labios habían sido presa de Friedrich.

—Ni una palabra más —dijo Eddie Friedrich, alejándose del lecho para situarse frente al espejo del armario—; aunque te agradezco el ofrecimiento. Eres una buena chica, Carolyn.

—Como quieras.

Friedrich terminó de vestirse.

—Sí, me llevo tu cajetilla de tabaco. Me repugna el mentol, pero el vicio es mayor. ¿Qué haces...?

—Te acompañaré hasta la puerta —dijo Carolyn, saltando del lecho—.

Quiero volver a colocar la cadena de seguridad.

Eddie Friedrich admiró una vez más el cuerpo femenino.

Los senos erguidos, el vientre ligeramente curvado, el sedoso vello, las rotundas caderas...

Carolyn, riendo en cantarina carcajada, salió precipitadamente de la habitación.

—¡Voy a resfriarme por tu culpa!

—Lo dudo —sonrió Friedrich, siguiendo a la muchacha—. Hace un calor infernal.

Llegaron al living.

Se miraron a los ojos.

—Adiós, Eddie. Suerte.

—Puede que volvamos a vernos.

—Abandono Barrio Shawn dentro de muy poco.

—Bueno... Adiós, Carolyn. Recordaré siempre esta noche... y un ángel llamado Carolyn.

—También yo te recordaré, Eddie.

Friedrich salió del apartamento.

A su espalda escuchó cómo Carolyn hacía girar la llave y colocaba la cadena de seguridad.

Al descender la escalera encendió un mentol.

Sonrió.

Aquella noche, por primera vez en mucho tiempo, no iba a necesitar el whisky para conciliar el sueño.

Sí.

Dormiría plácidamente.

Lo amargo sería al despertar.

Eddie Friedrich ignoraba que aquella noche de amor iba a tener un amanecer sangriento.

CAPÍTULO III

Carolyn colocó la cadena de seguridad.

Antes de dirigirse nuevamente al dormitorio acudió a la cocina para cerrar la ventana que conducía a la escalera de incendios.

Acto seguido encaminó sus pasos hacia la habitación.

Se dejó caer sobre el lecho.

Perezosamente, con una leve sonrisa en los labios, alargó la diestra para apagar la encendida lámpara de noche.

La estancia quedó en la más completa oscuridad.

Carolyn se acomodó abrazándose a la almohada.

No se cubrió con la sábana.

Tal como había comentado Friedrich, hacía mucho calor.

No llegó a cerrar los ojos.

Todo lo contrario.

Los agrandó a la vez que apartaba levemente la cabeza de la almohada.

Le había parecido oír...

Aguzó el oído.

Conteniendo la respiración.

No había sido imaginación.

El sonido se produjo de nuevo.

A pausadas intermitencias.

Era como un profundo respirar.

Similar a un fatigado jadear.

Y sonaba allí.

En el interior de la habitación.

Carolyn tanteó sobre la mesa de noche en busca del interruptor de la lámpara. Y sus dedos rozaron otra mano. El grito que instintivamente se originó en la garganta de la muchacha fue cortado en sus labios.

A la vez que se iluminaba la lámpara de noche una mano taponaba brutalmente la boca de Carolyn.

—Quieta o te envío al infierno...

Carolyn, que había comenzado a bracear desesperada, quedó inmóvil ante la afilada hoja de acero que brillaba ante sus aterrados ojos.

La reconoció.

Era uno de sus cuchillos de cocina.

El de hoja más larga y ancha.

El más punzante y afilado.

Contempló a su atacante.

Inclinado sobre ella.

La diestra taponándole la boca.

En la mano izquierda el cuchillo.

El rostro del individuo desenchajado en una satánica mueca.

Con un brillo cruel en las pupilas.

De nuevo dejó oír su voz.

Una voz ronca, entrecortada, jadeante...

—Voy a quitar la mano, Carolyn; pero el cuchillo estará sobre tu cuello. Un solo grito y te secciono la yugular. ¿Lo has comprendido, perra?

Carolyn quiso mover afirmativamente la cabeza, pero la fuerte presión de aquella mano la inmovilizaba sobre la almohada.

El individuo fue retirando lentamente su mano derecha.

Enfundada en negros guantes.

Al igual que la zurda.

La muchacha no gritó.

Percibía el siniestro contacto de la hoja de acero sobre su garganta.

—Bien... eres inteligente. Sí, lo has demostrado. Todas vosotras lo sois, ¿no es cierto? Un cuerpo bonito e inteligencia para engatusar a los estúpidos.

—¿Quién... quién es usted?

El hombre le soltó bruscamente un trallazo.

Una violenta bofetada que hizo sangrar los labios femeninos.

—No te atrevas a dirigirme la palabra, sucia ramera. Contesta sólo cuando te pregunte; pero poco voy a preguntarte. Nada me interesa saber de ti. No me interesan las furcias, ¿comprendes? El fuego del Averno es poco para vosotras. Con vuestro cuerpo impuro sembráis el vicio y la corrupción por doquier. Con vuestra obscena lascivia... Al trepar por la escalera de incendios, incluso antes de entrar en la cocina, podía escuchar vuestro desenfrenado jaderar. Sí, maldita perra... Te he observado con tú cliente por la entreabierta puerta del dormitorio. Me retiré asqueado en espera de que quedaras sola. ¿Sabes por qué?

Carolyn quiso responder.

Colocó los labios para pronunciar un débil «no» que resultó inaudible.

El individuo sonrió.

—Por supuesto que no. No esperabas tan pronto tu castigo. Eso es lo que vas a recibir, Carolyn. El castigo a tu lujuria. Sí, sucia ramera... Te he visto mover tu cuerpo como una perra en celo... agitándote... jadeando...

El rostro del individuo se fue perlando de diminutas gotas de sudor.

Sus ojos recorrieron lentamente el desnudo cuerpo de Carolyn.

Recreándose en el subir y bajar de sus pechos, en el palpitante de su vientre, en el ensortijado vello, en los mórbidos muslos...

Y los ojos del individuo comenzaron a adquirir un nuevo brillo.

La crueldad dio paso a la lascivia.

—Sí, maldita... tu cuerpo es una verdadera tentación. Tienes poderes infernales para seducir a los hombres, ¿verdad? Poderes malignos que

hacen que nadie pueda resistirse a tus encantos. Eso es... nadie puede escapar a esa llamada... ni el más recto de los humanos... Satán es quien domina ahora mi mente. Eres una endemoniada, ¿verdad? ¡Responde!

—No... Yo no...

—Confiesa, engendro de los infiernos... ¡Confiesa!

El afilado cuchillo había dibujado una sanguinolenta línea en el cuello de Carolyn.

—Sí... sí... es cierto...

El hombre resopló sonriente.

—Lo sabía... Ahora comprendo la invisible sombra que nubla mi mente... No soy responsable de mis actos... estoy bajo el influjo de Satán... dominado por la lujuria que emana de tu cuerpo...

Sin distanciar el cuchillo de la muchacha, recogió la semi caída sábana.

La arrojó hacia Carolyn.

—Tómala por uno de los extremos —ordenó el individuo—. Vamos a hacer dos tiras de tela. No es necesario que te sientes. Sigue así. Límitate a mantener tirante la tela.

El hombre hizo un rápido corte en la sábana retornando de inmediato la hoja sobre Carolyn.

—Continúa tú, perra. Ahora es fácil desgarrar la sábana. Todo lo largo... ¡Sin levantarte!

Carolyn, que había lecho ademán de sentarse en el lecho, se recostó de nuevo sobre la almohada.

Torpemente fue desgarrando la sábana hasta formar una larga tira.

—Perfecto... Ahora extiende los brazos en cruz. Voy a atarte.

—¿Por qué? —suplicó la joven, angustiada—. No intentaré nada que...

—¡Obedece!

Carolyn extendió los brazos.

Con una suplicante mirada de piedad que fue ignorada.

El individuo, sin soltar el cuchillo, sujetó la mano derecha de Carolyn a la barra metálica del somier.

Tras cortar la tira de tela sobrante bordeó el lecho procediendo a inmovilizar la mano izquierda.

Su rostro estaba ya bañado en sudor.

Su mirada recorría lujuriosamente el cuerpo de la muchacha.

Una y otra vez.

Con un hilillo de baba asomando por la comisura de sus labios.

—No será necesario atarte las piernas, ¿verdad, Carolyn? Así podrás moverte. Sí... te mueves muy bien...

El hombre depositó el cuchillo sobre la mesa de noche de la izquierda. Se despojó de los negros guantes.

Sin dejar de mirar a la muchacha.

Se incorporó comenzando a dejar toda su vestimenta sobre una de las sillas que adornaban la estancia.

Al aproximarse nuevamente al lecho tropezó con algo.

El vestido de Carolyn, sus zapatos, las medias de nylon...

—Eres muy desordenada —rió el individuo inclinándose para recoger el reducido slip. Lo acercó a la nariz—, Condenada seas... Hasta el olor de tu cuerpo me enloquece...

Carolyn ahogó un gemido de dolor ante la brutal acometida del individuo. Este se había abalanzado salvajemente sobre ella. Sus babeantes labios se posaron voraces sobre los de la muchacha a la vez que sus frías y sudorosas manos se adueñaban de los senos femeninos.

—Quiero oírte jadear... como lo hiciste antes... quiero oír tus suspiros de placer... tus gritos sensuales...

Sí.

Carolyn gritó.

Gritó de dolor ante las brutales caricias del individuo que sádicamente estrujaba y tiraba de sus senos.

Fue poseída con igual salvajismo.

Con ferocidad.

El último de los espasmos hizo caer al individuo.

Quedó jadeante.

Congestionado.

Aplastando con su cuerpo a Carolyn.

A los pocos minutos alzó lentamente la cabeza.

La muchacha, al contemplar aquel desencajado rostro, palideció de terror.

Un horror que hasta entonces no había experimentado.

Fue como si contemplara al mismísimo Satanás.

La voz del individuo también parecía proceder del más profundo del Averno.

—Furcia... Sucia ramera... Lo has conseguido... Me has hecho revolcarme en tu lujuria...

—Yo... yo no...

—Tu cuerpo... tu cuerpo pecaminoso espera el fuego purificador... ¡Yo te haré llegar al fuego del infierno!

El individuo realizó dos movimientos rápidos.

Uno para recoger el cuchillo de la mesa de noche.

El otro para introducir el minúsculo slip en la boca de Carolyn.

Le resultó fácil.

Muy sencillo.

La muchacha había abierto desmesuradamente la boca para gritar todo su terror y angustia.

Los guturales sonidos de Carolyn quedaron eclipsados por la

demoníaca risa del individuo.

—Puedes encomendarte a Satán... Tu cuerpo ya no volverá jamás a incitar a la lujuria. Ya no despertará más impuras pasiones. Yo destruiré tu pecaminoso cuerpo... ¡Así...! ¡Así...!

El hombre sujetó con ambas manos el cuchillo.

Lo alzó por encima de su cabeza para seguidamente descargarlo con violencia y hundirlo en el vientre de Carolyn.

Un surtidor de sangre brotó salpicándole en el rostro.

Carolyn desorbitó los ojos.

Sus facciones, desencajadas ya por el slip introducido en la boca, reflejaron una indescriptible mueca de dolor, angustia y terror.

Agitó las piernas mientras que su cuerpo era sacudido por violentas convulsiones y estertores.

La larga hoja de acero se alzó de nuevo.

Ya no brillaba.

Estaba totalmente teñida en rojo.

Goteando sangre por todo el lecho.

La muchacha contempló alucinada el veloz descenso del cuchillo.

La sangrante hoja que buscaba nuevamente su carne.

—¡Debo destruirte...! ¡Aniquilar tu sucio cuerpo de ramera...! ¡Debes ser castigada, maldita...!

Una y otra vez.

El cuchillo fue ahondando en Carolyn.

Hundiéndose en sus senos, en su vientre, entre los muslos...

Paulatinamente el cuerpo de la muchacha, aquel cuerpo joven y perfecto, se fue convirtiendo en un deforme amasijo de sanguinolenta carne.

CAPÍTULO IV

La claridad del nuevo día entraba a raudales en la buhardilla del 1.236 de Gindes Road.

Eddie Friedrich, pese a aquella luminosidad, dormía profundamente. De ahí que no despertara al sonar la voz por primera vez. Únicamente se removió sobre el lecho.

Le parecía oír su nombre.

Una voz que le llegaba muy lejana.

—Eddie..., despierta... Despierta, pichón...

Friedrich entreabrió los ojos.

Y al instante recibió el tremendo impacto en el estómago.

Se dobló como una bisagra a la vez que boqueaba falto de respiración.

No tuvo tiempo de recuperarse.

Un segundo golpe, ahora en la espalda, le hizo caer del lecho.

—Un maravilloso despertar, ¿eh, bastardo?

Eddie Friedrich estaba a cuatro manos sobre el suelo.

Alzó la cabeza, aunque ya había identificado por la voz a su atacante.

El sargento Kirk Sturges, del Departamento de Homicidios.

Un tercer golpe.

Un patadón en el pecho.

Con la puntera del zapato.

Eddie Friedrich rodó por el suelo.

Sin tregua.

Ese era el método de Sturges.

De nuevo el pie derecho. Castigando el costado de Friedrich. Una y otra vez. Haciéndole barrer el suelo. Los gemidos de Eddie Friedrich se ahogaron al recibir el golpe en el bajo vientre. Se encogió hasta rozar la cabeza con las rodillas. Pálido. Con el rostro crispado por lacerante dolor.

El sargento Sturges continuó repasándole las costillas.

Ningún golpe en el rostro o en la cabeza.

Ningún trallazo que fuera posteriormente visible.

Si.

Sturges era un experto.

—No es que me importe, Kirk —dijo una voz—; pero vas a matarle. ¿Por qué no te tomas un descanso?

El sargento Sturges interrumpió sus sádicos golpes.

Giró el sudoroso rostro hacia el individuo que permanecía apoyado en el quicio de la puerta.

—Se la tenía jurada, Paddy.

—No te busques complicaciones.

—¿Complicaciones? —rió Sturges—. Él sí va a tener complicaciones. ¡En pie, bastardo!

Eddie Friedrich no obedeció.

Era incapaz de levantarse.

El agente Paddy Wisdom chasqueó la lengua.

—Dale un poco de tiempo, Kirk. Reconoce que le has atizado a conciencia.

Sturges asintió moviendo la cabeza.

Era un individuo de cuadrado rostro.

Facciones duras y angulosas.

Vestía traje gris.

Por la abierta chaqueta asomaba la culata del revólver del treinta y ocho acoplado en la funda sobaquera.

—De acuerdo, Paddy. Echa un vistazo por ahí...

—¿Tenemos orden de registro?

Kirk Sturges respondió con el mismo tono irónico utilizado por su compañero.

—No es necesaria entre amigos, Paddy. El bueno de Eddie permite que registremos su pocilga, ¿verdad, Eddie?

Friedrich gateaba hacia el lecho.

Se incorporó penosamente aferrado a uno de los barrotes de la cama.

—¿Qué... significa esto, Kirk?

—¿No lo imaginas, Eddie?

—No, hijo de perra...

Kirk Sturges sonrió.

Una sonrisa desmentida por el destello de sus ojos.

—No me provoques, Eddie... No lo hagas. Si empiezo otra vez dudo que pueda controlarme.

—Voy a denunciarte por allanamiento de morada y agresión.

—No digas tonterías, Eddie. Tú nos has abierto la puerta y, al notificarte el motivo de nuestra visita, te abalanzaste sobre nosotros. Hemos repelido tu agresión. ¿Allanamiento de morada? ¡Por favor, Eddie...! Jamás violaríamos la IV Enmienda de la Constitución.

Friedrich se sentó al borde del lecho.

—Dame un cigarrillo...

—Seguro, Eddie —Sturges le ofreció la cajetilla y el encendedor—. Fuma tranquilo mientras echo un vistazo por aquí.

—Dime lo que buscas, Kirk. Tal vez pueda ayudarte.

—Un cuchillo —dijo el sargento de Homicidios, abriendo los cajones del armario—. De grandes dimensiones. Apostaría por uno de esos cuchillos grandes de cocina.

Friedrich exhaló una bocanada de humo.

Sin ocultar una instintiva mueca de dolor.

—¿Por qué no buscas en la cocina?

—Ya lo has limpiado, ¿eh? Seguro te llevó tiempo. Fue una verdadera carnicería. Nunca lo hubiera sospechado en ti, Eddie. Aunque de un

bastardo puede esperarse cualquier cosa. Y creo recordar que tú eres un auténtico bastardo. Hasta tu madre se avergonzó de ti arrojándote a la basura apenas nacer.

Friedrich entornó los ojos.

Silabeó las palabras.

—Un día acabaré contigo, Kirk. Te aplastaré como a una nauseabunda cucaracha.

Paddy Wisdom penetró en la estancia.

Ante la interrogadora mirada del sargento de Homicidios, denegó con un movimiento de cabeza.

—En marcha, Eddie. El inspector quiere platicar contigo. Vístete.

—¿No olvidas nada, Kirk?

—Entre nosotros sobran formulismos, pero por el momento no vas como detenido. No hay acusación contra ti... todavía.

—¿Quieres decirme de una condenada vez de qué se trata?

—Asesinato, Eddie.

Friedrich, que se subía el pantalón con alguna dificultad, quedó unos instantes inmóvil.

Parpadeó repetidamente.

—¿Asesinato?

—Eso he dicho, Eddie. ¿Por qué te muestras sorprendido? Has dejado tus huellas por todo el apartamento de Carolyn Eggar.

Friedrich palideció.

Incapaz de reaccionar.

—No lo negarás, ¿verdad, muchacho? —sonrió Sturges—. Pasaste la noche con esa furcia y, descontento por el servicio, la liquidaste. Yo también me hubiera enfadado, a ti se te fue la mano. No te conformaste con matarla. Tenías que destrozarla.

—Carolyn... muerta...

Kirk Sturges apretó con fuerza las mandíbulas.

—Puedes seguir fingiendo, bastardo. De poco te servirá. Me conoces, ¿no es cierto, Eddie? Hemos actuado juntos. El duro y despiadado Sturges. El policía sin sentimientos. Hoy he vomitado, Eddie. El sargento Sturges, el implacable, ha vomitado como un novato al contemplar un cadáver. El cadáver de Carolyn Eggar. Añadiré algo más, Eddie... En este momento daría años de mi vida por no llevar una placa de policía. Por no estar Paddy presente. Me agradaría vaciarte el cargador de mi revólver en las tripas... bala a bala... recreándome... disfrutando en tu lenta agonía... Me gustaría que tuvieras muchas vidas para ir arrancándotelas una a una.

—Ya es suficiente, Kirk —intervino Paddy Wisdom, con ronca voz—. Estamos perdiendo mucho tiempo. ¡Termina de vestirme, Eddie!

Eddie Friedrich, aturdido, obedeció como un autómatas.

James Blackam, inspector del Departamento de Homicidios, llevaba más de diez años en el cargo; pero su historial como policía se remontaba mucho más atrás. Pronto cumpliría los sesenta años. Eran ya cerca de cuarenta años al servicio de la ley. Un veterano.

Un buen policía.

—Agradezco tu colaboración, muchacho. El retenerte, someterte a interrogatorio, firmar declaración... Todo ello sin acusación formal alguna, sin solicitar la presencia de un abogado...

—Nada tengo que ocultar, inspector.

—¿De veras? —Blackman resopló tecleando sobre unas hojas de papel depositadas sobre la mesa escritorio—. En tu declaración existen puntos que no concuerdan, Eddie. Aun dando por cierta toda esa bonita historia de... comprensión que te unió con Carolyn Eggar. Entra en lo posible que una profesional del amor decida no cobrar sus servicios; pero con un perfecto desconocido resulta sorprendente.

—Al principio me pidió ciento cincuenta dólares que yo no...

—Ahí quería llegar, Eddie. Estamos en el inicio de las investigaciones. Los muchachos trabajan de firme. No les ha gustado el crimen y quieren al culpable cuanto antes. Carolyn Eggar. Veintidós años de edad. Domiciliada en el 771 de Duvall Street. Ejercía la prostitución en Barrio Shawn desde hace poco más de un año. Estamos investigando más datos. Su centro de trabajo era el Fairy. Siempre con clientes conocidos. Y su tarifa jamás bajaba de los quinientos dólares.

—¿Quinientos...? No es posible... A mí sólo me...

—Otro punto —interrumpió el inspector Blackman—. Dices que al abandonar el apartamento de Carolyn Eggar colocó la cadena de seguridad en la puerta.

—Correcto.

—Lauren Karlson, la mujer de limpieza que descubrió el cadáver, abrió la puerta con un duplicado del apartamento. No estaba colocada la cadena de seguridad. La señora Karlson acudió esta mañana a primera hora. Mucho antes de lo acostumbrado. Carolyn Eggar la había citado para que empacara algunas cosas, dado que pensaba abandonar el apartamento próximamente. La señora Karlson, como Carolyn Eggar siempre colocaba la cadena de seguridad, llamó al timbre. Al no recibir respuesta decidió utilizar el duplicado. Eran alrededor de las siete de la mañana. Quince minutos más tarde la señora Karlson ingresaba en la Clínica Roos. Lógico tras contemplar el cadáver.

—Pudo quitar la cadena después de mi marcha. Incluso tal vez ella misma abrió la puerta a su asesino.

—Esa es nuestra hipótesis, Eddie. No fue forzada la cerradura ni las ventanas. El asesino es un sádico sexual. No tengo aún el informe

oficial del forense, pero sí conozco algunos datos. Carolyn Eggar murió entre las doce y las tres de la madrugada.

—Yo salí del apartamento antes de medianoche.

—¿Seguro?

—Dick Washbourne puede atestiguarlo. El viejo Dick es un recogedor de chatarra y cartón que recorre parte de Barrio Shawn. En el mismo Duvall Street me hizo subir a su destartelado camión y me llevó hasta casa. Nos detuvimos en un par de locales a tomar un whisky. El viejo Dick los pagó.

—Puede ser una buena coartada para cuando se concrete la hora de la muerte.

—¿Coartada? ¡Maldita sea, inspector...! ¡No necesito una coartada! ¿Por qué iba a matar a esa muchacha? ¿Me considera capaz de ello, señor?

—¿Has olvidado la norma, Eddie? —dijo Blackman, esbozando una sonrisa—. Ningún sospechoso debe ser descartado. Ninguno. El hombre es un ser malvado por naturaleza. Unos se dominan y otros desatan su furia. Los que se dominan, los que vemos todos los días cumplir cívicamente, pueden estallar en cualquier momento.

—Correcto. Sospeche de mí, inspector; pero, ¿también va a considerarme como un estúpido? Fui policía. Aquí, en Homicidios, destaqué como uno de sus mejores hombres. Cito sus palabras, señor.

—Lo eras, Eddie.

—Conozco bien el oficio. Y le diré algo. El día en que despierte en mí la... fiera dormida, no dejaré huellas de su paso.

James Blackman se reclinó en el sillón giratorio.

Consultó el reloj que adornaba una de las paredes del despacho.

—Son ya más de las cuatro... ¿Sigues sin querer comer algo?

—Tan sólo una cerveza fría, señor.

—Puedes cogerla tú mismo. Mi despacho poco ha cambiado desde tu marcha.

Eddie Friedrich se incorporó.

En uno de los rincones de la estancia se emplazaba una pequeña nevera.

Extrajo una lata de cerveza.

—Debe hacer cambios, inspector.

—Yo ya me retiro, muchacho. Y pienso hacerlo dejando este repugnante y monstruoso crimen solucionado. Pobre chica... Destrozada... Totalmente destrozada... Más de treinta cuchilladas. En el rostro, los pechos, el vientre...

—Sé que resulta ridículo que el principal sospechoso se interese por saber si tienen alguna pista.

El inspector sonrió.

Movió lentamente la cabeza.

—Sí... Ciertamente no es muy normal. Tampoco el que la policía se digne a responder al sospechoso, pero éste es un mundo de locos. La tenemos, Eddie. Tenemos una buena pista. En la sábana que quedó sin romper, aunque empapada en sangre de la víctima, hemos descubierto una mancha. Estamos investigando en el laboratorio. Una mancha de espermatozoides. Ya conoces el procedimiento.

Friedrich asintió.

Sí.

Conocía los diferentes métodos.

Fijación de los espermatozoides con nitrato de plata, examen a la luz ultravioleta, el método de Florence, el de Barberio o cualquier otro procedimiento biológico.

—Inspector...

—¿Sí?

—Yo mantuve relaciones sexuales con Carolyn Eggar.

Se miraron a los ojos.

Fijamente.

Las facciones de James Blackman se ensombrecieron.

—Lamentaría que el informe del laboratorio te identificara, Eddie.

Nada te libraría entonces de la acusación de asesinato.

CAPÍTULO V

Ya era de noche en Chicago.

La ciudad dormía, aunque no todos sus habitantes disfrutaban del descanso. Las ratas del asfalto deambulaban por las calles. Dispuestas a todo. Robar, matar, violar...

Eso eran.

Ratas.

Ratas cobardes capitaneadas por individuos capaces de cometer crímenes tan diabólicos como el asesinato de Carolyn Eggar.

—¿No me has oído, Eddie? Puedes marcharte a casa.

Friedrich giró desviando la mirada del ventanal.

De la oscuridad de la noche contemplada a través del cristal pasó a la blanquecina luz del neón del despacho.

Allí estaba el inspector Blackman.

Tras su mesa escritorio plagada de papeles, teléfonos, vasos vacíos de café y restos de sándwich.

No.

La ciudad no dormía por completo.

Frente a las ratas del asfalto había hombres como James Blackman.

—¿Paso por aquí mañana?

—¿Cómo?... Ah, no... Creo que ya no te molestaremos más. Eddie. Vuelvo a agradecerte tu colaboración. Fue como si aún pertenecieras a Homicidios. No te has comportado como un detenido sometido a interrogatorio. Quedas libre de toda sospecha. Al concretar ya la hora del crimen, tu coartada con el viejo Washbourne es convincente, le hemos tomado declaración. También está lo del laboratorio. Te descarta los resultados de análisis. Disculpa por todas las molestias. Buenas noches, muchacho.

—Inspector...

—¿Si?

Eddie Friedrich dudó.

Instintivamente se mordió el labio inferior a la vez que movía la cabeza de un lado a otro.

—Olvídelo. Buenas noches, señor.

Friedrich al salir del despacho, se encontró ante una espaciosa sala. Muy larga. Mesas a izquierda y derecha. Algunas de ellas separadas por tabiques para convertirse en improvisados reservados.

Una docena de hombres deambulaban por aquella longitudinal sala. En mangas de camisa. Tecleando en máquinas de escribir, telefoneando, consultando archivos, indagando, interrogando... Otros sé permitían un leve reposo para tomar la enésima taza de café o echar una mirada a los vespertinos.

Uno de aquellos vespertinos estaba sobre una mesa. Abierto para

mostrar la hoja dedicada a la crónica negra. Ya recogía el asesinato de Carolyn Eggar. Con grandes titulares. Con morbosos sensacionalismo.

«Sádico asesinato de una prostituta en Barrio Shawn.»

El cronista había hecho un buen artículo. Con profusión de datos. Algunos imposibles de obtener sin previo soborno a funcionarios del Departamento de Homicidios. De ahí su versado informe pródigo en truculencia y morbosidad. Violación, el slip en la boca de la víctima, cuchilladas en su sexo...

También informaba de la retención de un tal Eddie Friedrich, antiguo miembro del Departamento de Homicidios, como presunto culpable del crimen.

Friedrich buscó la firma del articulista.

Bryan Rawlins.

No olvidaría el nombre.

En todo el amplio reportaje no había una sola palabra de consideración hacia la víctima.

Una furcia de Barrio Shawn.

Sólo eso.

—Puedes llevarte el periódico, Eddie. Figura tu nombre. Yo guardaré el ejemplar que publique tu esquila.

Friedrich alzó la mirada.

Contempló despectivamente al sargento Sturges.

Sin dignarse a responderle.

Recorrió la sala correspondiendo al saludo de algunos viejos compañeros.

Al salir del edificio respiró con fuerza.

Una punzada en el costado no le impidió agradecer la suave brisa del Michigan que llenó sus pulmones.

Estaba distante de Barrio Shawn.

Y no tenía dinero para un taxi.

Ni tan siquiera para utilizar cualquier transporte público.

No le importó.

Quería caminar.

Todo un día encerrado en el Departamento de Homicidios.

Todo un día de interminable pesadilla.

Carolyn Eggar.

Carolyn...

Eddie Friedrich apretó con fuerza los labios. Había contemplado las fotografías del cadáver. Unas fotografías donde dominaba el color rojo.

Un rojo de sangre que bañaba por completo el cuerpo de Carolyn.

«Siento grande deseos de vivir y amar...»

Recordaba las palabras de Carolyn.

Y la sonrisa de sus labios, el misterioso encanto de sus profundos ojos

negros, su cuerpo joven y perfecto...

«Vivir y amar...»

Alguien había quebrado salvajemente aquellos deseos de vivir en Carolyn. Un sádico asesino. Un peligroso individuo que permanecía libre por las calles, de la ciudad. Confundido entre las ratas del asfalto.

Friedrich mantuvo los labios fuertemente unidos.

Sólo los entreabrió para susurrar con voz inaudible:

—Carolyn, extraña flor del asfalto... Voy a vengar tu muerte.

CAPÍTULO VI

Ernest Harper, el conserje nocturno del Rome Hotel, hizo una imperceptible seña.

Eddie Friedrich, acomodado en uno de los sillones de la sala de recepción, contempló a la pareja que se introducía en el elevador.

La mujer de unos veinticinco años. Exuberante. De pronunciadas curvas que el ceñido vestido se encargaba de resaltar aún más. El individuo que la acompañaba ya peinaba canas. Un hombre maduro. De nerviosos ademanes originados por la turbadora proximidad de la mujer y por el temor de que alguien le identificara.

Friedrich se incorporó acercándose al mostrador.

—Judith Wilcox. Asidua del Fairy —informó Ernest Harper—. No viene por aquí con frecuencia. Las chicas del Fairy prefieren el Jordan Hotel u otro de mayor categoría. Has tenido suerte, Eddie. No todas las noches se dejan caer por aquí las chicas del Fairy.

—¿Sigues sin recordar a Carolyn Eggar?

Harper chasqueó la lengua.

—Ya te lo he dicho, muchacho. No la conozco. Te resultaría más sencillo indagar en el Jordan Hotel o en el mismísimo Fairy.

—No tengo amistades tan refinadas. Y para poder sobornarles necesito pasta.

—Yo puedo proporcionarte unos...

—No, Ernest —interrumpió Friedrich, con una sonrisa—. Tú necesitas hasta el último centavo. No te preocupes. Mañana visitaré a Margaret.

—¿A ese sucio prestamista? ¡Maldita sea su...!

—¿Cómo sigue tu pequeño Freddy?

El rostro de Harper se ensombreció.

—Mal, Eddie, mal... Si lograra reunir de una condenada vez esos dos mil dólares le llevaría a ese especialista de Springfield; pero no levanto cabeza. Siempre surgen inconvenientes y problemas por otra parte.

—Lo sé.

—Por supuesto que lo sabes. Aún te debo los veinte dólares que me dejaste cuando lo de Raquel.

—Te dije que era un regalo para Raquel. Que le compraras lo que quisiera. Era vuestro aniversario de boda.

—Sí, maldita sea... Le regalé medicinas.

—Y Raquel se puso bien. Eso es lo importante, Ernest. Lo único importante. Mantener a nuestro lado a los que amamos.

—Dios te bendiga, muchacho. Esta mañana, cuando se divulgó la noticia del asesinato, se comentó también que te acusaban del crimen. Ni por un instante creí la historia. Debes cuidarte, Eddie. En Homicidios no te aprecian. Y menos los policías del Distrito Catorce.

—Tengo también amigos, Ernest.

—¿De veras? Apuesto que te soltaron por la declaración de Dick. De no ser por el viejo...

—Olvidemos eso. ¿Crees que estarán toda la noche? Me refiero a la tal Judith y su acompañante?

Ernest Harper rió irónico.

—¿No has visto bien al fulano? No le durará más de un round. Tranquilo, Eddie. No más de treinta minutos. Te lo digo yo. Primero bajará el fulano con las piernas tambaleando, mirará furtivamente a izquierda y derecha y desaparecerá como alma que lleva al diablo. No son fulanos de aquí. En Barrio Shawn no tenemos tantos prejuicios ni somos tan hipócritas. Tipos de dinero, respetables padres de familia que buscan la clandestinidad y lo prohibido de Barrio Sahwn. Basura como nosotros, muchacho. Basura con desodorante.

La llegada de unos clientes hizo retornar a Eddie Friedrich hacia el sillón.

Harper no se equivocó.

Fue a los veintisiete minutos.

El individuo salió de la cabina del elevador con la cabeza inclinada. Mirada huidiza. Con torpe pero rápido paso se encaminó hacia la salida abandonando velozmente el hotel.

Friedrich y Harper intercambiaron una sonrisa.

—Te lo dije, Eddie. No más de treinta minutos.

—¿Qué habitación?

—La 205.

—Gracias, Ernest.

Eddie Friedrich se introdujo en el ascensor pulsando el botón correspondiente a la segunda planta. Avanzó por el alfombrado corredor hasta detenerse frente a la puerta señalizada con el número 205.

Hizo girar el pomo.

La hoja de madera cedió al empuje.

La habitación no era muy espaciosa. Una sola cama, dos mesas de noche, armario, una mesa y dos sillas. La puerta que comunicaba con el cuarto de baño estaba abierta.

Judith Wilcox se encontraba junto al lavabo.

Su única vestimenta era un slip de encaje negro.

La mujer tiraba hacia arriba del elástico del slip. Ocultando en la diminuta braguita los doblados billetes.

Sobre la banqueta del baño se veía otro fajo de billetes.

Judith los atrapó girando hacia el dormitorio.

Al descubrir la presencia del sonriente Friedrich, dio un respingo a la vez que un ahogado grito de sorpresa brotaba de su garganta. Los billetes escaparon de su mano.

—Tranquila, Judith. No te asustes.

—¿Quién eres tú...? ¿Qué quieres?

Friedrich se inclinó para recoger los billetes. Contabilizó ciento cincuenta dólares que tendió hacia la muchacha.

—No está mal, Judith. Máximo si añadimos la propina que guardas ahí. Deberías usar bragas no transparentes.

Judith llevó instintivamente sus manos al bajo vientre.

—¿Quién eres?

—Eddie Friedrich. Un amigo de Carolyn.

—¿Friedrich?... ¡El tipo que...!

—Estoy libre —añadió Eddie Friedrich, sin abandonar la cordial sonrisa—. Cuando mataron a Carolyn yo estaba lejos de su apartamento. La policía me ha liberado de toda sospecha.

La explicación no pareció tranquilizar a la muchacha. Fue hacia el lecho apoderándose precipitadamente del vestido. Con cierta dificultad se lo introdujo por la cabeza. Apretó los opulentos senos para poder subir el cierre lateral del vestido.

—¿Qué quieres de mí, Eddie?

—Ya te he dicho que era amigo de Carolyn. No me gusta lo que han hecho con ella y quiero aplastar a la rata causante de su muerte.

—Lo lamento, Eddie. No puedo ayudarte. La policía ya ha estado haciendo preguntas por el Fairy e interrogado a todas las chicas.

—No soy policía, Judith.

—No puedo ayudarte —reiteró la muchacha, recogiendo un bolso de mano—. Debo irme.

Friedrich le cerró el paso.

Ya no sonreía.

—Soy enemigo de la violencia, Judith. De ahí mis buenos modales, pero creo que contigo me he equivocado. Tengo que atizarte una paliza y luego preguntar, ¿no es eso?

Judith respiró profundamente.

La tela del vestido se tensó al máximo controlando con dificultad los voluminosos senos femeninos.

—No puedo decirte gran cosa, Eddie. No conocía bien a Carolyn. Ninguna de nosotras la conocía. Carolyn era muy reservada. Tampoco frecuentaba todas las noches el Fairy. Únicamente trabó algo de amistad con Jennifer Morley.

—¿Dónde puedo localizar a Jennifer?

—¿Ahora?

—Ahá.

—En cualquier cama de Barrio Shawn —sonrió Judith, con cinismo—. Oye, Eddie... debo irme. Me esperan.

—El domicilio de Jennifer.

—El 590 de Forth Street, pero no esperes encontrarla allí ahora.

Acostumbra a retirarse cuando el repartidor de la leche inicia su jornada. Es lo habitual entre nosotras. Trabajar de noche y dormir durante el día. «Damas de la noche» nos llamó un bastardo metido a poeta. Y ahora tengo que...

Judith se interrumpió al abrirse bruscamente la puerta de la habitación.

Aparecieron dos individuos.

Cortados por un mismo patrón.

Ambos melenudos.

Atléticos.

Guapos.

Con chaquetilla de cuero, llamativa camisa y pantalón tejano.

Calzaban botas de grueso tacón.

Podían catalogarse como «ángeles del infierno», punks... cualquier cosa menos *boy scouts*.

—¿Ocurre algo, Judith? —inquirió uno de ellos—. ¿Quién es este fulano?

La muchacha sonrió forzosamente.

—Nada de importancia, Lonny... Ya me disponía a bajar. Este es Eddie Friedrich. Un viejo conocido que casualmente está hospedado aquí.

El llamado Lonny dirigió una despectiva mirada a Eddie Friedrich.

—¿De veras? Hemos echado un vistazo al libro de registro, Judith. Al ver salir a tu cliente, y el demorarte tú, nos alarmó. Prudentemente consultamos el libro registro del hotel. No figura ningún Friedrich.

—Bueno, yo... Él me dijo que sí estaba...

—El dinero, Judith —intervino el otro melenudo—. Lo que te entregó el individuo.

La joven asintió.

Nerviosamente abrió el bolso sacando el fajo de billetes.

—Aquí tienes, Jerry. No estuvo mal.

Jerry se adelantó unos pasos procediendo a contar los billetes.

Sonrió fríamente desviando la mirada hacia su compañero.

—Ciento cincuenta dólares, Lonny.

Lonny también sonrió.

Muy poco tranquilizador.

—Oh, maravilloso... Como dice Judith, no estuvo mal.

—¡Lo que sí está mal es engañarnos, estúpida! —la exclamación de Jerry coincidió con su brutal trallazo al rostro de la muchacha—. Sospechábamos de ti desde hace algún tiempo, Judith. Demasiado justa y meticulosa en las entregas. Hemos interrogado al fulano al salir. ¡Te soltó trescientos dólares!

El golpe había impulsado a Judith contra el armario.

Un hilillo de sangre brotaba de la comisura de sus labios.

—Jamás engañaría a la organización, Jerry... Yo no...

—¡Cierra la boca...! Y tú, Eddie. Escupe el dinero.

Friedrich sonrió a los dos melenudos.

—¿Yo?

—No te hagas el idiota —advirtió Lonny—. Esto es muy serio. Judith te iba entregando parte del dinero, ¿verdad? Queremos recuperar el total. Empieza por darnos los ciento cincuenta que faltan. Luego hablaremos tranquilamente del resto. ¿Desde cuándo exprimes a Judith?

Friedrich chasqueó la lengua.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—Explotar a las mujeres no es mi especialidad. Eso es exclusiva de cobardes. Como vosotros dos.

Lonny y Jerry parpadearon al unísono.

—¡Infiernos...! ¿Has oído eso, Jerry?

—Seguro —sonrió el melenudo llevando la diestra a uno de los bolsillos de la chaquetilla—. Vamos a darle una lección.

Jerry se había ajustado en la diestra unos nudillos de acero.

Su compañero se limitó a presionar el resorte de una navaja de muelle.

Ninguno de los dos inició el ataque.

Fue Eddie quien les sorprendió lanzándose sobre ellos.

Contundente.

Sin escrúpulos ante la salvaje violencia de sus golpes.

Consciente de que se enfrentaba a dos alimañas.

Primero desvió con la zurda el brazo armado de Lonny a la vez que proyectaba la mano derecha.

Anular, meñique y pulgar replegados.

Los tensados índice y medio hacia el rostro de Lonny.

Contra los ojos.

El alucinante alarido de Lonny no restó atención a Eddie Friedrich.

Ya estaba dedicado a Jerry.

Con el tacón del zapato derecho.

En medio giro.

Golpeando salvajemente los testículos del melenudo.

No.

Jerry no gritó.

Tan sólo pudo abrir desmesuradamente la boca.

Asomando la lengua.

Con los ojos en blanco.

Encorvado.

Friedrich le hizo caer definitivamente aplicándole la técnica del «shutochi». Los dedos de la diestra juntos. En terrorífico golpe de karate a la nuca del melenudo.

Lonny había soltado la navaja. Necesitaba ambas manos para

protegerse los ojos y seguir aullando como un poseso.

Eddie Friedrich se compadeció de él silenciándole con un rotundo golpe a la carótida. Controlado y medido. No quería causar la muerte.

Judith contempló con asombrados ojos a los dos caídos.

Todo había ocurrido con pasmosa rapidez.

En fracción de segundo.

—Bueno, Judith. Asunto solucionado.

La muchacha reaccionó.

Pálida.

—Dios mío... me matarán... me matarán por esto...

—No digas tonterías. Sólo tienes que...

—Avisaré a Kennedy —interrumpió Judith, nerviosa—. Sí... eso haré... Llamaré a Kennedy... Le diré toda la verdad... Les entregaré todo...

La muchacha se levantó la falda del vestido hasta descubrir el negro slip.

Introdujo la mano derecha bajo el elástico para extraer los billetes allí escondidos.

—Oye, Judith...

—¡Déjame en paz, maldito seas...! ¡Déjame!

La joven se precipitó hacia el teléfono depositado sobre la mesa de noche. Comenzó a teclear sobre el soporte.

Eddie Friedrich se decidió por abandonar la habitación.

Al llegar junto al pálido Ernest Harper le dedicó una sonrisa.

—Temí que te hubieran hecho algo, Ernest.

—¡Por todos los...! También yo temí por ti, muchacho. ¿Quién diablos son esos dos melenudos? Llegaron preguntando por Judith. En actitud amenazadora me obligaron a mostrarles el libro de registro. Luego cortaron el cable principal de la centralilla telefónica. Me advirtieron que no avisara a la policía; pero estuve tentado de hacerlo.

—Ni una sola palabra —aconsejó Friedrich—, Mantente al margen. Que se devoren entre sí. Ya conoces la norma en Barrio Shawn.

—No he visto nada, no he oído nada, no sé nada...

Friedrich asintió sonriente.

—Correcto, Ernest. Tal vez así llegues a viejo en esta maldita jungla de asfalto.

CAPÍTULO VII

Fue al día siguiente cuando Eddie Friedrich acusó en verdad los efectos de la paliza recibida. Al incorporarse del lecho sintió punzantes dolores por todo el cuerpo. Una ducha fría y la aplicación de un spray mejoraron considerablemente sus facultades físicas.

Era ya cerca del mediodía.

Y sin embargo había dormido muy pocas horas.

Su salida del Departamento de Homicidios avanzada ya la noche, la espera en el Rome Hotel, el altercado con los melenudos...

Sí.

Cuando llegó a su buhardilla de Gindes Road y logró conciliar el sueño ya estaba próximo a amanecer un nuevo día.

Eddie Friedrich apartó la mesa de noche. Con ayuda del cortaúñas quitó una de las baldosas del suelo. Allí, cuidadosamente envuelta en un paño, una automática alemana «Walther». Una perfecta Luger del nueve.

Se la acopló al costado izquierdo. Bajo el cinturón del pantalón. Aquélla era un arma muy especial. Sin registro de fabricación, sin número de serie ni nada que pudiera identificarla.

La había comprado al viejo usurero de Margret.

Por cuatrocientos dólares.

Y ahora iba a empeñarla.

Con un poco de suerte le sacaría los cien o los ciento veinticinco.

Eddie Friedrich abandonó el apartamento iniciando el descenso de la escalera.

Antes de salir del edificio, maquinalmente, se encaminó hacia los buzones de correspondencia situados en la pared del soportal.

Una rutina como otra.

Llevaba seis años habitando en aquella buhardilla.

Seis años sin recibir una sola carta.

Ni tan siquiera un folleto de propaganda.

Durante su corta etapa de detective privado, en el pequeño despacho de Stamp Street, sí acostumbraba a recibir alguna correspondencia.

Su pequeño despacho de Stamp Street...

Friedrich hizo una mueca.

Le dolió desprenderse de aquel despacho. Recordaba con agrado la pequeña oficina. Antesala y despacho. En la puerta semi vidriera el «Friedrich, investigador privado». Lo había adecentado a su gusto. Incluso lo utilizó en más de una ocasión para pernoctar. Se encontraba bien allí.

Lamentablemente todo se fue al infierno.

Le retiraron la licencia, dejó de pagar el alquiler y le echaron a la calle.

Eddie Friedrich parpadeó perplejo.

Había un sobre en el interior del buzón. Dirigido a él. Sólo figuraba el nombre. Sin ninguna otra indicación. Sin franqueo postal. Sin duda había sido depositado allí en mano por el remitente.

Friedrich atrapó el voluminoso sobre.

Carecía de remite.

Tras sopesarlo un par de veces se decidió por abrirlo. Sin temblor alguno. No se consideraba tan importante como para que le fuera enviada una carta-bomba. Demasiada molestia. Si alguien deseaba su muerte utilizaría métodos menos sofisticados.

Una cuchillada o un balazo por la espalda.

Era lo habitual entre la gente sana de Barrio Shawn.

La mueca de estupor en el rostro de Friedrich resultó casi cómica. Bizqueó contemplando el fajo de billetes. Todos ellos de cien dólares. Nuevos. No se molestó en contarlos. Había una nota mencionando la cantidad.

La cantidad y algo más.

«Cinco mil dólares por descubrir al asesino de Carolyn Eggar. Si lo consigue le prometo veinticinco mil más.»

Eddie Friedrich quedó unos instantes inmóvil. Con la mirada fija en la cartulina. El breve mensaje había sido escrito en letras de molde.

Reaccionó examinando los billetes. En efecto. Cinco mil dólares. Y la promesa de veinticinco mil dólares más en caso de descubrir al asesino de Carolyn.

¿Quién diablos podía pagar semejante cantidad?

No.

No se trataba de una broma.

Allí estaban los cinco mil.

Billetes de cien dólares.

Billetes auténticos.

—*Okay...* Acepto, desconocido amigo —murmuró Friedrich, guardando el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta—. Puedes ir preparando el resto.

—¿Hablas solo, Eddie?

Friedrich giró.

Esbozó una sonrisa al contemplar al muchacho.

—Hola, Bill. Pues sí. Hablaba solo, pero eso es muy normal hoy en día.

—¿Te limpio los zapatos? No te cobraré, ¿de acuerdo?

Friedrich removió el rebelde pelo del chiquillo empujándole hacia la salida.

—Otro día, Bill. Oye... ¿llevas mucho tiempo por aquí?

—Desde las nueve estoy paseando la caja de un lado a otro. Aún no me he estrenado.

—¿Has visto a alguien entrar en la casa? Me refiero a alguien ajeno a la vivienda.

Los redondos ojos de Bill se iluminaron.

—¡Oh, sí...! Un tipo muy elegante. Entró y salió casi al instante. Sin duda se equivocó de casa. Corrí hacia él para ofrecerle mis servicios, pero ni tan siquiera me miró. Ciertamente no los necesitaba. Sus zapatos brillaban y...

—¿Cómo era, Bill? Haz memoria. Piénsalo detenidamente y reúne todos los datos que puedas recordar. Te daré cincuenta dólares.

Bill rió divertido.

—Quieres decir centavos, ¿no?

—Vamos al bar de Sammy —rió también Friedrich—. Un buen sándwich te hará recordar mejor.

El bar de Sammy estaba unas manzanas más abajo.

Eddie Friedrich tomó una taza de café solicitando además una cajetilla de tabaco. Cuando el sándwich y la coca cola fue servida a Bill, alargó uno de los billetes de cien dólares.

—¡Mi madre...! ¡Cien pavos!

—Bueno, Bill. ¿Preparado?

El muchacho asintió nerviosamente.

—Seguro, Eddie. El fulano era joven. De unos veinticinco años. Rostro chupado. Quiero decir que era muy delgado, ¿sabes? Tenía aspecto enfermizo, aunque por la calidad de la ropa no debía pasar hambre. Vestía un traje color crema, en la corbata un pasador que me pareció de oro. Un pasador simulando una serpiente, ¿sabes?

—¿Se marchó en un auto?

—No. Se alejó caminando hacia la primera bocacalle. A los pocos minutos pasó un Corvette, pero no puedo asegurar que fuera conducido por Rostro Chupado. Claro que... ¿quién tiene un Corvette último modelo en Gindes Road?

—¿Algo más?

—Pues..., no. La estatura era aproximada a la tuya, Eddie. El pelo rubio y los ojos muy claros. Creo que grises.

—De acuerdo, Bill. Te has ganado los cincuenta dólares.

El muchacho los cogió con cierto temor.

—Eddie... No habrás robado un banco, ¿verdad?

—Es una herencia —rió Friedrich—. Ahora acércate a casa de Ernest Harper. Le dices que prepare todo para concertar una cita con el especialista de Springfield. Dile que no se preocupe por el dinero. Que yo cubro la cantidad que le falte.

—¿Van a curar a Freddy?

—Corre a casa de Ernest. No vayas al Rome Hotel. Ernest tuvo turno de noche. Le encontrarás en casa.

—¡Sí, Eddie...! ¡Como las balas!

Friedrich también abandonó el local a los pocos minutos.
Para investigar la muerte de Carolyn Eggar no necesitaba tanto dinero.
De ahí su oferta a Ernest Harper.
Tampoco pensaba rendir cuentas a su misterioso donante.
Ni aun en el caso de que se arrepintiera de su generosidad.
Eddie Friedrich consultó la esfera del reloj.
En su rostro se reflejó el esbozo de una fría sonrisa.
Sabía cómo descubrir la identidad de su generoso donante. Resultaría fácil. Como si cada uno de los billetes de cien dólares hubiera sido firmado por el remitente.

CAPÍTULO VIII

Peter Robson arqueó las cejas.

—¿Esta noche? Tal vez el primero de los encargos, Eddie; pero dudo que pueda conseguir...

—Los dos, Peter —interrumpió Friedrich—. Quiero los dos informes esta misma noche. Pon en funcionamiento toda tu cadena. Sin regatear gastos.

—Eso es nuevo en ti, muchacho.

Friedrich sonrió por el sarcasmo de su interlocutor.

—Ahá. Y pagando por adelantado.

—Lo dicho. Estás desconocido, Eddie. Bien... con quinientos espero solucionarlo. De ocurrir algún extra ya te lo notificaría. ¿Telefoneo a tu cueva?

—No. Yo te llamaré. Tú siempre estás aquí.

—*Okay*.

Friedrich abandonó la librería.

Aquel insignificante comercio de libros de lance haría palidecer de envidia al mismísimo FBI. Era como la NCIC a pequeña escala. En más de una ocasión la Policía acudía a Robson en busca de información. El bueno de Peter Robson no hacía distinciones. Su único patrón era el dólar. Y su lema la discreción. Se podía confiar en Robson. Jamás se iba de la lengua. Y eso era muy apreciado. Tanto por la policía como por los hampones.

Eddie Friedrich se situó frente al volante del auto.

Un Pontiac de segunda mano adquirido antes de su visita a Robson. Enfiló nuevamente hacia Barrio Shawn. Poco más tarde estacionaba en Dorh Street. Junto a una *steak house*.

Almorzó un jugoso *beesfteak* con guarnición regado con dos jarras de cerveza. Café y copa de *brandy*.

Sin privarse de nada.

Le habían pagado cinco mil dólares por algo que pensaba hacer a costa de la vida.

Con un cigarrillo humeando en los labios echó una superficial mirada al reloj de pulsera. Faltaban pocos minutos para las tres de la tarde.

Sí.

Ya era hora de despertar a Jennifer Morley.

Salió del local cruzando la calzada hacia el 590 de Forth Street. Penetró en el edificio. Por el buzón de correspondencia averiguó el apartamento de Jennifer Morley.

Quinta planta, puerta diez.

Con ascensor.

La suerte de Eddie Friedrich parecía estar empezando a cambiar.

Minutos más tarde se encontraba frente al apartamento. Pulsó el

llamador. Largamente.

La puerta se entreabrió.

Por encima de la gruesa cadena de seguridad asomo el rostro de una joven de color.

—¿Jennifer Morley?

—Sí.

—Yo soy...

—Sé quién eres —interrumpió la muchacha—. Esta mañana, antes de acostarme, contemplé tu fotografía en los periódicos. Eddie Friedrich, libre de toda sospecha en el asesinato de Carolyn Eggar. La tinta todavía estaba fresca.

—¿Puedo hablar contigo?

La puerta se cerró.

Se escuchó el manipular en la cadena de seguridad para de inmediato abrirse de nuevo la hoja de madera. Ahora lo suficiente para permitir el paso de Friedrich.

—Gracias, Jennifer. Espero no...

Eddie Friedrich quedó con la palabra en la boca.

Sus ojos hablaron por él.

Contemplando con admiración a la mujer.

Una mulata. Una diosa de ébano. Vestida únicamente con unas chancletas rojas.

Sí.

Eddie Friedrich no ocultó el brillo de admiración detectado en sus ojos. Originado por la desnudez de la muchacha. La perfección y sensualidad de su cuerpo se ofrecía desafiante.

Y Friedrich la devoró con la mirada.

Desde la cabeza a los pies.

Ojos picaros, nariz respingona, labios extremadamente gordezuelos...

Unos labios carnosos y húmedos. Jugosos. Absorbentes.

El cuello delgado y frágil. El cuerpo menudo, cimbreante, de pronunciadas curvas bien emplazadas. Los senos eran puntiagudos. Con el pezón casi señalando al cielo. Unos pechos breves y duros. El vientre liso. Las caderas acusadas esculpiendo largos y esbeltos muslos. El ensortijado vello de su sexo apenas destacaba sobre su morena piel.

—¿Quieres hablar o sólo mirar?

Friedrich sonrió.

—Disculpa... No estaba preparado para semejante espectáculo.

—Acabo de levantarme. Me disponía a ducharme cuando sonó tu llamada. Sígueme, Eddie.

Friedrich fue conducido hasta el dormitorio.

La habitación aparecía en total desorden. Ropa por el suelo, el *boudoir* repleto de frascos de belleza, latas de coca junto al televisor portátil...

—Supongo que quieres hablar de Carolyn —dijo la mulata, sentándose frente al tocador—. Poco puedo decirte, Eddie.

—Tú eras su amiga, ¿no es cierto? La única.

—¿Amiga?... Sí, es posible. Conmigo hablaba un poco más. Carolyn era muy reservada. Era... distinta. Sí. Esa es la palabra. No era como nosotras. Tenía clase. Y la hacía notar. Yo me desnudo por menos de los ciento cincuenta dólares. Es la tarifa normal entre las chicas del Wolfe Center. Carolyn necesitaba de los quinientos dólares. Y no siempre estaba dispuesta. Le he visto rechazar mil dólares por no gustarle el fulano. ¡Mil dólares, Eddie!

—¿Tenía algún cliente fijo?

—Todas nosotras tenemos clientes habituales. Fulanos que se despiden con un «hasta el próximo martes». Carolyn también los tenía. Tipos de su confianza.

—¿Puedes mencionarme alguno de ellos?

La muchacha contempló a Friedrich a través del espejo del tocador.

—¿Bromeas? ¿Crees acaso que les pedimos la cédula de identidad? Yo tengo unos ocho o nueve fulanos que acuden semanalmente. Individuos que llegan desde el Lincoln Park, La División Street o Roosevelt Road. En busca de la clandestinidad de Barrio Swan. La mayoría de ellos dicen llamarse John Smith, ¿comprendes?

Y yo no les pregunto más. No es bueno hacer preguntas. Te quedas sin clientes.

—¿Tampoco te habló Carolyn de algún cliente en particular?

—No. Carolyn, en muchas ocasiones, ni tan siquiera aparecía por el Fairy Club. Ya te he dicho que tenía clase.

—No me eres de mucha ayuda.

Jennifer sonrió.

—Lo lamento, hermano. Puede incluso que te haga un favor. ¿Por qué haces preguntas? Según los periódicos te retiraron la licencia de detective privado.

—Soy un ciudadano libre.

—*Okay*. Es problema tuyo.

—¿Y tú, Jennifer? ¿Eres libre?

—¿Qué quieres decir?

—Hablo de la organización. La organización de Gary Railsback. Controla todos los negocios sucios de Chicago. Drogas, juego ilegal, prostitución... Supongo que sus garras también llegan a Barrio Shawn. En el rostro de Jennifer se reflejó una cierta inquietud.

—Haces preguntas peligrosas, Eddie. No me gusta responder a ella.

Friedrich se aproximó al tocador.

Depositó cinco billetes de cien dólares sobre el mueble.

—Quinientos dólares, Jennifer. Hoy me siento generoso.

La mulata dudó. Terminó por mover afirmativamente la cabeza.

—Está bien. Jack Douglas, propietario del Fairy, es quien paga por mí a la organización de Railsback. Un tal Alex Kennedy es el encargado de la zona. Yo he tenido suerte. Paga una cantidad fija semanal a Douglas y no debo preocuparme de más. Otras chicas son controladas personalmente por los hombres de Kennedy.

—¿Y Carolyn?

—No pagaba nada. Ni a Jack Douglas ni a la organización. Eso al menos decía ella, pero tengo mis dudas. Ninguna de nosotras escapa al control. Gary Railsback tiene una red de prostitución organizada por todo Chicago. En salones de belleza, casas de masaje, clubs, burdeles de lujo... Las que trabajaban por su cuenta, las profesionales, son pronto detectadas y sometidas al pago de una cuota para poder ejercer.

—Puede que Carolyn aún no fuera detectada.

—Una mujer como Carolyn no pasa desapercibida. Es más... en una ocasión la vi hablando con el mismísimo Alex Kennedy. Sospecho que también ella pagaba a la organización.

—Me gustaría conocer a ese tal Kennedy.

—No te lo aconsejo, pero es fácil de encontrar en la Clover Agency, en la Bryne Avenue. Unos estudios fotográficos y publicitarios por todo lo alto. Allí engatusa a muchachas que sueñan con llegar a modelos o artistas de cine. Kennedy tiene señuelos por todas partes. En los grandes almacenes, supermercados, comercios... Tipos guapos que embaucan a jovencitas. Uno de los empleados empezó a cortejarme, nos prometimos... Terminé sin saber cómo, en la cama del jefe de personal. Era un tipo muy atractivo mi... prometido. Con mucha labia. Simuló que el jefe de personal iba a despedirle y me suplicó que intercediera por él. Al presentarme ante el jefe de personal... bueno, para qué seguir. Lo dicho, Eddie. Reclutan incautas por todas partes. Las más atractivas, jóvenes, y con un poco de suerte, vírgenes, son destinadas a los burdeles de lujo del centro de Chicago. Siguen después un recorrido que termina en Peck Hill, Young Towers o Barrio Shawn.

Jennifer esbozó una sonrisa.

—¿Te dijo que pensaba hacer?

—Sí... me lo comentó. Incluso prometió invitarme a la boda.

—¿Boda?

—Carolyn pensaba contraer matrimonio.

CAPÍTULO IX

Eddie Friedrich aplastó furioso el cigarrillo.

—¡Maldita sea!... Eso es absurdo.

—¡No te oigo, Eddie!... ¡Grita un poco más!

Friedrich se aproximó hacia la puerta abierta del cuarto de baño.

Allí estaba Jennifer.

Bajo la ducha. Con el pelo recogido y protegido por un gorro. Con una esponja impregnada de perfumado gel enjabonando su seductor cuerpo. Los surcos de espuma eran de inmediato borrados por el agua de la ducha.

La mulata sonrió al descubrir la presencia de Friedrich.

—¿Qué me decías, Eddie?

—Mencionaba esa supuesta boda de Carolyn. Resulta ridículo que no... que no...

—Sigue, Eddie. Ahora te escucho.

No.

Friedrich no podía seguir.

Aquello era demasiado.

Jennifer, enjabonando los duros y erectos senos, deslizaba la esponja por el liso vientre, por los muslos...

Eddie Friedrich retornó al dormitorio.

Empezaba a sudar.

De buen grado se hubiera metido bajo la ducha con Jennifer, pero se limitó a despojarse de la chaqueta. También se desprendió de la automática que depositó en el bolsillo interior.

Abandonó la estancia en busca de la cocina. Concretamente del frigorífico. Allí encontró lo que buscaba. Una cerveza fría. Una refrescante Heineken que saboreó con placer.

Su regreso al dormitorio coincidió con la salida de Jennifer del baño. Envuelta en una toalla que ajustaba bajo las axilas.

—¿Husmeando mi apartamento?

—Fui en busca de una cerveza. Oye, Jennifer... ¿Cómo diablos Carolyn no te habló de su prometido? Algo te diría de él.

La muchacha estaba nuevamente frente al espejo del tocador.

—Ni tan siquiera su nombre. Sólo que había conocido a un hombre muy bueno y cariñoso. Alguien que no preguntaba por su pasado y pensaba hacerla su esposa. Me habló por primera vez de él hace unos tres meses. Y hace pocas semanas me comentó lo de la boda. La cosa parecía ir en serio. Incluso llegó a ofrecerme alguno de los muebles de su apartamento. Pensaba dejarlo en fecha próxima.

—Ni tan siquiera el nombre...

—No, Eddie. Lo lamento. Jamás le vi con él. Al menos ella no me lo dio a entender. Estaba muy entusiasmada, pero hablaba poco de su

prometido. Como si tuviera miedo a que sus ilusiones se desvanecieran. Pobre Carolyn... Debió imaginar que todas nosotras tenemos un destino marcado.

—¿Comentaste a la policía la existencia de ese prometido?

Jennifer sonrió burlonamente.

—No me lo preguntaron. Ninguna de las chicas del Fairy estaba al corriente. Carolyn me advirtió que mantuviera el secreto, Yo, con la policía, hablo lo menos posible.

Friedrich consultó el reloj.

Llevaba en el apartamento de Jennifer más de treinta minutos.

—Bien... No te molesto más, Jennifer. Quiero pasarme por la Clover Agency.

—Aún tienes tiempo para tomar un café. Puedo prepararlo en cuestión de segundos.

—Gracias, pero no me apetece.

Jennifer se incorporó.

Avanzó lentamente hacia Friedrich.

—La toalla voluntariamente o no, cayó a los pies de la muchacha. Sin que ésta hiciera ademán de retenerla.

—¿Qué te apetece, Eddie?

Friedrich volvió a admirar el desnudo cuerpo femenino.

Diminutas gotas de agua aún salpicaban la morena piel.

—Jennifer...

—Quinientos dólares por responder a unas preguntas es demasiado, Eddie. No quiero estafar a un tipo como tú. Debo compensarte con algo más que una cerveza. ¿Qué te parece un beso?

La mulata no esperó respuesta.

Se aupó colgando los brazos del cuello de Friedrich. Aproximando sus gordezuelos labios. Entreabiertos.

Eddie Friedrich percibió el todavía húmedo cuerpo de la joven. Y también su calor. Y el fuego de sus labios que besó ávidamente. La atrajo aún más contra sí. Deslizó las manos por la, desnuda espalda hasta posarlas sobre las prietas nalgas que Jennifer comenzó a mover con lascivo bamboleo.

—Jennifer... yo no...

—Por favor, Eddie —susurró la muchacha resistiendo a que Friedrich la separara—. No me rechaces... No lo hagas.

Friedrich volvió a quemarse en los labios femeninos. No.

No la rechazó.

CAPÍTULO X

—¿Ocurre algo, señorita Wilcox?

Lauren Wilcox contempló al individuo.

Herbert Finley. Un individuo joven. Atractivo. De rostro bronceado, como recién llegado de unas vacaciones en Miami Beach. Vestía una deportiva camisa de bambula conjuntada con pantalón de sarga.

Pese a las correctas facciones del individuo, unido a sus refinados modales, había algo que no inspiraba confianza. Algo que resultaba sumamente desagradable. Tal vez...

Sí.

Lauren creyó descubrirlo.

Los ojos.

Los ojos de Herbert Finley.

Unos ojos de viscosa mirada. Como los de un reptil. Una mirada sucia y depravada.

—Temo no haberle oído bien, señor Finley.

Herbert Finley sonrió mostrando la perfección y blancura de sus alineados dientes. Movi6 la cabeza a la vez que ahogaba un suspiro.

—Por favor, señorita Wilcox... me ha oído a la perfección. Para una mayor confianza, vamos a empezar por tutearnos, ¿De acuerdo, Lauren? Llámame Herbert.

—Creo que...

—Escucha con atención, Lauren. Te he seleccionado entre más de un centenar de candidatas. Tú y cuatro o cinco chicas más. En la fotografía que enviaste a la agencia demostrabas espontaneidad. Ahora has justificado que no estaba equivocado en mi apreciación. Sabes sonreír y posar con naturalidad. Puede que seas la chica ideal para la campaña de publicidad que nos ha sido encomendada por la Bouchey Company.

—Una empresa de productos de belleza.

—Correcto.

—Llevo aquí cerca de una hora, señor Finley. Ha disparado infinidad de placas. Yo quiero ser modelo publicitaria. Quiero salir de la monotonía de un empleo gris y sin futuro. Quiero destacar.

—Magnífico, Lauren. Yo puedo hacer que alcances la fama. Primero será en carteles publicitarios, en murales, revistas... hasta llegar a los *spots* de televisión. ¿Por qué no confías en mí?

—No quiero parecerle una joven provinciana y mojigata; pero me ha sorprendido su petición.

Finley parpadeó.

Con fingida mueca de estupor.

—¿Sorprendido? ¿Sólo por decirte que te quites el vestido para unas poses en ropa interior?

—Para anunciar productos de belleza opino que no...

—Un momento, señorita Wilcox —interrumpió el individuo recalcando las dos últimas palabras—. No se preocupe más por mi petición. Ya he terminado con usted las pruebas. Dentro de unas semanas recibirá una circular notificando el resultado de las mismas.

Buenas tardes.

Lauren quedó inmóvil.

Sobre aquel reducido escenario cercado de focos y cámaras fotográficas.

—Lamento haberle ofendido.

—Olvídelo —Herbert Finley procedió a ocultar el objetivo de una de las cámaras fijas—. Puede que no sea una mojegata, pero se comporta como tal. Esto es un negocio, señorita Wilcox, Si tengo que utilizar medios, material y tiempo con una chica para convertirla en modelo; quiero lo mejor. Una chica que pueda anunciar una lata de cerveza, una marca de cigarrillos, un sujetador o un gel de baño. ¿Imagina a una modelo en la bañera con traje de buzo?

—Yo sólo he expresado mi...

—Ya es suficiente, señorita Wilcox. La Clover es una de las mejores agencias de publicidad de Chicago; pero no hasta el extremo de permitirse el lujo de tener una modelo para cada artículo publicitario. Samantha en productos de belleza, Doris para los detergentes, Linda en bebidas refrescantes... ¡oh, no! Tenemos muchas modelos, pero siempre buscamos caras nuevas. Y si la Clover Agency invierte tiempo y dinero con una chica es con intención que esa chica pueda salir airoso de cualquier tipo de campaña publicitaria. ¡No sólo para un determinado producto!

—Le ruego me perdone, señor Finley. Soy desconfiada por naturaleza. Me pareció... no sé...

—Ya está olvidado. Buenas tardes.

—Señor Finley...

—¿Sí?

Lauren inclinó la cabeza.

Dominando su orgullo.

Estaba sin trabajo. Haber llegado hasta allí, el ser seleccionada su fotografía, era una oportunidad que no debía echar por tierra.

—Le ruego me dé ocasión de rectificar mi error. No volveré a cometerlo.

Herbert Finley fingió unos instantes de duda.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Llamarme Herbert.

Lauren asintió sonriente, aunque de nuevo volvió a experimentar una extraña sensación. Originada por la mirada de Finley. Aquellos ojos...

—Perfecto, Lauren. No perdamos más tiempo —el individuo se situó tras una de las cámaras—. Pasa al otro escenario. Puedes colocar la ropa sobre el sofá.

El nuevo escenario estaba formado por un rojo sofá adornado con voluptuosos cojines de terciopelo y sensual decorado.

Lauren lucía un vestido de seda estampado con lunares negros. Su más elegante vestido que había elegido para aquellas pruebas. Consciente que le era muy favorecedor.

Y ahora tenía que quitárselo.

La muchacha deslizó el *zipper* procediendo a despojarse del vestido. No le agradó que Finley la filmara mientras se desnudaba; pero optó por no decir nada.

—Quieta, Lauren, quieta un momento,

La joven se había inclinado para colocar cuidadosamente el vestido sobre el sofá.

Si.

Estaba inclinada. Espaldas a Finley. Con el sujetador y el slip por toda vestimenta.

Herbert Finley había cambiado de cámara fotográfica. Se había aproximado al decorado accionando una y otra vez el disparador de la cámara.

Lauren hizo un mohín.

Finley le estaba enfocando el trasero. Fotografiando aquellas dos deliciosas medias lunas semi ocultas por reducidas braguitas.

Se incorporó enfrentándose al individuo.

Finley no se molestó.

Todo lo contrario.

Ahora podía plasmar aquellos senos femeninos protegidos por seductor sujetador en tul de nylon.

Disparó un par de placas más.

—Quítate el sujetador, Lauren.

Herbert Finley quiso que su voz careciera de inflexión. Que resultará la de un profesional, pero no lo consiguió.

Y Lauren se percató de ello.

Volvió a dudar.

Lentamente llevó sus manos a la espalda manipulando en el cierre del sujetador. La prenda quedó en sus manos. Los pechos en libertad. Erguidos. Sin perder tersura. La aureola del pezón era ancha. Rosada.

—El slip, Lauren —dijo Finley, ya con ronca voz y reseca garganta—. Quiero que...

—Un momento. ¿Qué voy a anunciar totalmente desnuda? ¿Un spray contra los mosquitos? Creo que tal como estoy ahora ya puede hacerse una idea de mi cuerpo. No considero necesario quitarme el slip. Y recalco una vez más que no es cuestión de puritanismo. Sólo que no

me gusta ser manipulada.

—De acuerdo, nena. Diez dólares por cada pose desnuda. Y si quieres ganar más fácilmente dinero, puedes llegar a los veinticinco dólares por determinadas posturas. ¿Qué respondes?

Lauren enrojeció.

—Todo ha sido una burla. Un engaño. No existe promoción alguna para...

—No seas idiota. Puedes salir de aquí con unos cientos de dólares. Necesitas dinero, ¿no es cierto?

La muchacha giró dando la espalda a Finley procediendo a acoplarse el sujetador sobre los erectos senos.

De ahí que no se percatara de la acción del individuo.

Herbert Finley acudió junto a una mesa pulsando un oculto botón. Seguidamente se dirigió hacia una de las cámaras.

—Te aconsejo no toques el vestido, Lauren. Es muy bonito y lamentaría que se te estropeará. Es preferible que no te lo pongas.

Lauren, ya con el sujetador acoplado parpadeó con el vestido entre sus manos. Sin comprender el significado de las palabras pronunciadas por Finley.

La mueca de perplejidad de su rostro fue reemplazada por una súbita palidez al ver penetrar a los dos individuos en la sala.

Uno de ellos se había presentado anteriormente como Alex Kennedy, director comercial de la Clover Agency. Le acompañaba otro individuo joven. Melenudo. De vestimenta muy diferente a la de Kennedy. Este lucía un traje de excelente corte y moderna confección.

—¡Infiernos...! ¡Buena hembra!

—Modera tus palabras, Logan recriminó Kennedy—. Estamos ante una dama. ¿Todo preparado, Herbert?

Finley estaba tras una cámara móvil.

—Dispuesto para filmar, Alex.

Alex Kennedy avanzó con prosopopéyico andar en dirección a la muchacha.

—Bueno, muñeca. Voy a convertirte en estrella de cine. Sí, Lauren. Ahora mismo vas a realizar tu primer cortometraje. Tú serás la estrella y yo tu partenaire. Luego intervendrá Logan en un papel secundario. ¿Qué cine te gusta, Lauren? Apuesto que las películas románticas. A mí el western; pero la Clover Agency es muy modesta. Nos conformamos con películas de cortometraje. En cuanto al género... ¿has oído hablar de Garganta Profunda?

—Voy a salir de aquí, señor Kennedy.

Alex Kennedy sonrió.

Una sonrisa canallesca en un rostro atractivo.

—No, muñeca. Todavía no —Kennedy se despojó de la elegante chaqueta procediendo a desabotonarse la camisa—. Primero tenemos

que hacer la película.

—Les denunciaré a la policía.

—No te lo aconsejo, Lauren. Es más. Vas a colaborar. Vas a mostrarte ardiente y apasionada. Como la más experta de las estrellas del porno, ¿entendido?

—¡Está loco...!

El movimiento de Kennedy fue rápido.

Alargó la diestra aferrando el seno izquierdo de Lauren.

Lo aprisionó salvajemente tirando con fuerza.

Haciendo gritar de dolor a la muchacha.

—Escucha, estúpida. Vas a colaborar. ¿Acaso quieres que le ocurra una desgracia a tu hermano Frederic? Si dices algo a la policía tu hermanito sufrirá un lamentable accidente al salir del colegio de Stampville. ¿Has comprendido?

Lauren fue empujada violentamente contra el sofá.

El sujetador quedó en manos de Kennedy.

—¡Eh, Alex! —exclamó Logan, devorando con la mirada a la muchacha—. ¿Por qué no intervengo contigo? Se podría formar un trío.

Kennedy sonrió.

—Okay. Será más divertido. Preparado para filmar, Herbert.

Logan y Kennedy avanzaron hacia la atemorizada joven.

* * *

La puerta chirrió, pero el ruido pasó desapercibido. Fue la voz de Eddie Friedrich la que detuvo a los dos individuos.

—¿Molesto?

Kennedy y Logan giraron al unísono.

También Herbert Finley se ladeó separándose de la cámara.

Los tres quedaron inmóviles.

Paralizados por la sorpresa... y por la «Walther» que Friedrich empuñaba con mano firme.

—¿Qué significa esto? —dijo Kennedy, reaccionando—. ¿Quién diablos eres?

Eddie Friedrich se adelantó unos pasos.

Dirigió una cordial sonrisa a la paralizada Lauren.

—Mejor será que te marches de aquí, pequeña. Por lo que he oído, te han engañado miserablemente. Olvídate de la Clover Agency. Es un nido de ratas.

La muchacha asintió.

Nerviosamente.

Recogió el sujetador del suelo, pero comprobó que tenía el cierre roto.

Procedió a vestirse con rapidez.

Torpemente buscó por la estancia su bolso de mano.

Al encontrarlo introdujo el sujetador en el interior.

Dedicó una mirada a Friedrich.

Sin añadir una sola palabra abandonó precipitadamente la sala.

Eddie Friedrich chasqueó la lengua.

—Sois unos hijos de perra... Estoy tentado de llenaros las tripas de plomo; pero me conformaré con una pequeña información. Tú eres Alex Kennedy, ¿no es cierto?

—Sí.

—Vamos a tu despacho. Hablaremos más tranquilamente. ¡En marcha...! Vosotros dos aquí.

Kennedy avanzó hacia la puerta.

Friedrich caminó tras él.

Sin restar atención a Logan y Finley.

El estudio fotográfico comunicaba con una pequeña antesala y un despacho.

Friedrich cerró la puerta con llave comunicando a Logan y Finley.

Empujó a Kennedy hacia el despacho.

—Esto te costará caro, Friedrich.

Eddie sonrió.

—Sabes mi nombre, ¿eh? ¿Piensas acusarme por allanamiento de morada? No he forzado la puerta de la Clover Agency. Sólo he utilizado una ganzúa. Apuesto que no acudirás a la policía. He llegado a tiempo de impedir una violación.

—¿De qué hablas...? ¡Estás loco! Yo soy un ciudadano honrado que paga sus impuestos. La chica iba a filmar...

—No sigas, Alex. Vomitaría sobre tu bonita moqueta. Quiero echar un vistazo a los archivos de tus protegidas.

Kennedy parpadeó.

Tras unos instantes de estupor, esbozó una sonrisa.

—No hay duda. Estás loco, hermano. En los periódicos olvidaron mencionar que eras un loco peligroso.

Friedrich alargó la zurda.

Atrapando a Kennedy por las solapas de la desabotonada camisa.

Le atrajo contra sí descargando el cañón de la automática en la nariz del individuo.

Kennedy aulló de dolor.

Con los ojos llenos de lágrimas.

El siniestro chasquido le indicó que le había roto el puente de la nariz.

—Tengo poca paciencia, Alex. Y menos con tipos de tu especie. Trabajas para la organización de Railsback. Controlas la prostitución en Barrio Shawn. Para mí no hay secretos, ¿comprendido? Quiero echar un vistazo a los archivos.

—No... No tengo archivos...

La «Walther» trazó un rápido semicírculo.

El punto de mira golpeó la mejilla derecha de Kennedy.

Dibujando un surco sanguinolento.

—Eres un estúpido, Alex. Cuando termine contigo las mujeres se horrorizarán al contemplar tu rostro.

Kennedy había caído sobre uno de los sillones del despacho.

Lloriqueando de dolor.

—No... No...

—Los archivos, Alex.

El individuo se incorporó tembloroso.

Abrió un armario plagado de fotografías, negativos y rollos de películas.

Accionó un resorte que descubrió un doble fondo en la pared del mueble.

—Quiero la ficha de Carolyn Eggar.

—¿Carolyn Eggar...? No estaba controlada por la organización...

—¡Aparta!

Eddie Friedrich le empujó con violencia.

Del doble fondo extrajo un clasificador rectangular.

Allí estaban.

Por orden alfabético.

Con diferentes claves para indicar la cuota, lugar de trabajo, cotización...

No.

No estaba la ficha de Carolyn Eggar.

—¿Por qué, Alex? ¿Por qué no figura Carolyn Eggar? Operaba en Barrio Shawn.

—No lo sé... Sin duda escapó a nuestro control y...

Kennedy no pudo seguir hablando.

El cañón de la «Walther» le golpeó ahora en la boca.

El individuo comenzó a escupir sangre junto con un par de dientes.

—No me gustan los mentirosos, Alex.

—¡Maldito...! ¡Maldito...! ¡Me vas a destrozar! —gimoteó Kennedy—.

Haré que te maten... juro que...

—¡Responde, Alex! Tú conocías a Carolyn Eggar. ¿Por qué no está su ficha?

—Ordenes de Gary Railsback... Carolyn Eggar estaba protegida por la Mafia neoyorquina.

—¿Esperas que crea ese...?

Un leve ruido hizo enmudecer a Friedrich.

Giró con rapidez.

A tiempo de ver a los tres individuos adentrarse en la antesala.

El que iba en cabeza portaba una «Super-Star» con tubo silenciador acoplado al cañón.

Eddie Friedrich propinó un patadón a la puerta del despacho.

Dos impactos de bala perforaron la hoja de madera.
Fue un sexto sentido el que le advirtió a Friedrich del peligro.
Se arrojó al suelo ladeándose con pasmoso alarde de reflejos.
Apretó instintivamente el gatillo de la «Walther».
Alex Kennedy, tras la mesa escritorio, agrandó los ojos.
De sus manos escapó el revólver que tan sigilosamente había sacado de uno de los cajones.
Sí,
Soltó el arma para intentar taponar el boquete de su pecho.
Un rojo orificio a la altura del corazón.
Por entre los surcos de sus dedos escapó la sangre.
La visión de aquel bermejo líquido fue el último recuerdo que se llevó al Más Allá.
La puerta del despacho se abrió bruscamente.
Uno de los individuos se había arrojado al suelo.
Queriendo así esquivar una posible bala.
Ignoraba que Eddie Friedrich también gateaba por la moqueta del despacho.
Sólo tuvo que apretar por segunda vez el gatillo.
Y el individuo recibió plomo entre ceja y ceja.
—¡Maldito sea! —gritó una voz desde la antesala—, ¡Atrás!
También sonó la voz de Herbert Finley:
—¡Sacadnos de aquí...!
Eddie Friedrich se precipitó hacia una pequeña puerta situada al fondo del despacho.
Al abrirla descubrió un reducido cuarto de aseo.
Y también el tragaluz.
Contaba con pocos segundos.
Antes de que Logan y Finley se unieran a los otros dos individuos.
Friedrich, en verdadera acrobacia, se introdujo por el hueco del tragaluz.

CAPÍTULO XI

Eddie Friedrich flexionó las rodillas al saltar al callejón.

Quedó unos instantes inmóvil, semi encorvado, con la «Walther» en la diestra.

Emprendió veloz carrera hacia la salida de la callejuela.

Se detuvo en la esquina.

Antes de pisar el asfalto de la Bryne Avenue.

Su auto estaba al otro lado.

Reanudó la carrera.

A mitad de la calzada sonó la detonación.

Eddie Friedrich, apenas percibir el silbar de la bala sobre su cabeza, se arrojó al suelo dando varias vueltas sobre sí.

De la puerta de entrada principal a la Clover Agency salieron Finley y Logan. Con sendos revólveres en la diestra, sin embargo habían disparado contra Friedrich desde el otro extremo de Bryne Avenue.

—¡Allí está! —gritó Finley—. ¡Avisa a Stewart!

Ya no era necesario.

Se escucharon pasos por el callejón.

Eddie Friedrich estaba acorralado.

Fue entonces cuando surgió el Buick.

Estacionado a poca distancia. Emprendió la marcha a gran velocidad deteniéndose al llegar junto a Friedrich.

Se abrió una de las portezuelas.

Eddie Friedrich, en portentosa capacidad de reacción, se precipitó al interior del vehículo.

—¡En marcha! —gritó a Lauren—. ¡Agacha la cabeza...!

El Buick rugió sobre el asfalto.

Varios impactos hicieron blanco en la carrocería, pero sin mayor consecuencia.

El auto se alejó velozmente de Bryne Avenue.

—Enfila hacia Loy Hill —indicó Friedrich, fijando la mirada en el cristal trasero—. Allí hay mayor tráfico y será fácil despistarles.

—¿Nos siguen?

Friedrich contempló ahora a la pálida muchacha.

Sonrió tranquilizador.

—No. Sospecho que estarán muy ocupados ante la posible llegada de la policía. Mi nombre es Eddie Friedrich. Gracias por tu ayuda, Lauren.

—Tú lo habías hecho antes. Eddie...

—¿Sí?

—Ha ocurrido algo muy extraño. Al salir de la Clover Agency encontré a un policía patrullando por Bryne Avenue. Eran tres hombres que quedaban contigo y temí por tu seguridad. A grandes rasgos informé

al agente de policía. Me dijo que abandonara la zona, que él telefonaría en demanda de refuerzos. Le vi introducirse en una cabina. Yo me alejé hacia mi auto, pero permanecí allí. En espera de los acontecimientos. Llegó un auto, descendieron tres individuos que, tras hablar brevemente con el policía, penetraron en la Clover Agency. Luego, al salir tú por el callejón... El policía estaba en una de las esquinas. Fue el agente el que disparó contra ti, Eddie.

Friedrich encendió un cigarrillo.

Sin mostrar asombro alguno por las palabras de la muchacha.

—No me sorprende.

—¿Era un falso policía?

—No, Lauren. Era un policía corrompido. A sueldo de la organización de Railsback.

—¿Organización Railsback?

Friedrich sonrió contemplando más detenidamente a la joven.

—Olvídate de ellos, pequeña. No menciones lo ocurrido a nadie. Ni tan siquiera a la policía. Es una red de trata de blancas. Con engaños o amenazas arrastran a incautas como tú a la prostitución.

—Anunciaron en el periódico aspirantes a modelos de publicidad... Solicitaban una fotografía y pequeño historial de... ¡Oh, Dios mío...! Mi hermano Frederic. Amenazaron con matar a mi hermano. Está en Stampville, al cuidado de una tía que...

—Eso era para obligarte a ceder a sus pretensiones, Lauren. Ya no les interesas. Se olvidarán de ti... a menos que acudas a denunciarles a la policía.

—¿Quién eres tú? ¿Qué tienes que ver con ellos? Perdona que te haga preguntas, pero estoy muy nerviosa por todo lo ocurrido y necesito saber...

—¿Has cenado?

—No...

—Bien. Cenaremos juntos en un buen restaurante de Loy Hill.

El Zoska.

Un acogedor restaurante con música ambiental e intimista mobiliario. Candelabros en la mesa, flores...

—¿Por qué me miras así?

Friedrich sonrió.

Siguió reflejándose en los verdes ojos de Lauren.

—Pensaba en lo maravilloso que debe ser estar siempre a tu lado. Jamás olvidaré esta cena, Lauren. Esta larga hora que hemos pasado juntos. Ha transcurrido como un soplo. El tiempo parece haberse detenido.

—Influye el decorado del local. Es todo muy romántico.

—Eres tú, Lauren.

La muchacha esbozó una sonrisa.

Con leve rubor en las mejillas.

—He hablado yo todo el tiempo. Ya conoces mi vida. Una vida vulgar. La de una joven que trabaja para sobrevivir y ayudar a su hermano pequeño. Quiero que Frederic acuda a la universidad. Que no le falte de nada.

—Lo conseguirás.

—Hablemos de ti, Eddie.

—¡Oh no...! No quiero estropear tan maravillosa velada. Te acompañaré a casa, ¿de acuerdo?

El rostro de Lauren se ensombreció.

—No... no quiero ir a mi casa... Esos hombres conocen mi domicilio. Alex Kennedy rellenó una ficha con mis datos y...

—No te preocupes por Alex Kennedy. Está muerto.

—Muerto...

—¿Lo ves? —dijo Friedrich, ante la súbita palidez de la muchacha—. Te voy a estropear la cena.

—No quiero ir a mi casa, Eddie.

—Puede que mi apartamento tampoco sea muy seguro, Lauren, pero no te preocupes. Te llevaré a un lugar de confianza donde pasar la noche. Mañana verás las cosas con mayor optimismo. ¿Nos vamos? Abandonaron el local.

Eddie Friedrich se hizo cargo del volante.

—Eddie..., aun a riesgo de estropear la cena, hálbame de ti. Quiero conocerte. Quiero que me digas que tú no estás relacionado con hombres como Alex Kennedy. Tú no eres como ellos, ¿verdad, Eddie?

—No, Lauren. También yo soy un hombre vulgar. Un hombre que lucha por sobrevivir en la jungla de asfalto.

Era sin duda la mejor habitación del Rome Hotel.

—Debo irme, Lauren.

El bello rostro de la joven no disimuló una cierta decepción. Incluyó la cabeza. Roja como la grana.

—Me gustaría que te quedaras conmigo, Eddie.

Friedrich colocó el dedo índice bajo la barbilla femenina.

La obligó a alzar la cabeza besándola fugazmente en los labios.

—Eres una chica encantadora, Lauren. Demasiado buena para un individuo como yo.

—Quédate, Eddie.

Friedrich sonrió.

—Te he hablado de mí, Lauren. Y también del motivo que me impulsó a visitar la Clover Agency. Quiero descubrir al asesino de Carolyn Eggar.

—Ya me has contado toda esa horrible historia. ¿Por qué no dejas el asunto en manos de la policía?

—Es trabajo mío. Acabo de realizar una llamada telefónica. He

recibido unos importantes informes. No puedo quedarme contigo, Lauren.

—Te esperaré.

Friedrich no respondió.

Se despidió con una sonrisa abandonando la habitación.

Al llegar a recepción, Ernest Harper corrió a su encuentro.

—Eddie, muchacho... No he querido hablarte antes en presencia de la chica. Te he buscado durante todo el día. ¿Es verdad lo que me ha dicho Bill? ¿Puedo pedir una cita con el especialista de Springfield?

—¡Maldita sea, Ernest! ¡Ya tenías que haberlo hecho! ¿Cuánto te falta?

—Mil... mil doscientos dólares...

Friedrich extrajo el sobre.

Introdujo la mencionada cantidad en el bolsillo del aturdido Harper.

—Te cobraré intereses, Ernest.

Los ojos de Harper se nublaron.

—Eddie... sabes que tardaré años en... en devolverte el...

—¡Vete al diablo! —exclamó Friedrich, encaminándose hacia la salida.

Al llegar junto a la puerta giró para añadir—: Eh, Ernest... Cuídame a la chica.

Harper asintió con repetido movimiento de cabeza. Con una amplia sonrisa de felicidad reflejada en el rostro.

—Seguro, Eddie.

CAPÍTULO XII

El mayordomo contempló a Eddie Friedrich con frialdad.

—El señor Billington jamás recibe sin previa cita, nunca en su domicilio particular y menos en la noche.

Friedrich sonrió.

Impasible a la despectiva mirada del individuo.

Apartó el cigarrillo de los labios exhalando una bocanada de humo en dirección al rostro del sirviente.

—Quiero hablar con Sidney Billington. Dígale simplemente que me envía Carolyn. Supongo que el señor Billington decidirá mejor que su lacayo.

El individuo, aunque acusó las palabras de Friedrich, hizo gala de envidiable frialdad.

—Tengo orden de no importunar a los señores bajo ningún concepto. Buenas noches.

—No va a resultar tan fácil, amigo —Friedrich empujó la puerta apartando al sirviente—. Quiero que...

Una potente voz sonó interrumpiendo a Friedrich.

—¿Ocurre algo, Edmonds?

El mayordomo hizo una breve inclinación de cabeza.

—Disculpe, señor. Este caballero se empeña en ser recibido por su hijo. Ya le he advertido de lo inoportuno de su pretensión.

Eddie Friedrich avanzó hacia el individuo situado junto a la escalera de mármol del espacioso hall.

El potencial industrial de Chicago se fundamentaba en las fábricas de material eléctrico y agrícola, las forjas, maquinaria, conservas de carne, refinerías de petróleo, autos, raíles e imprentas.

Y aquél era Elliot Billington. El fundador de la Billington Electric. Propietario de la más importante cadena de material eléctrico extendida por todo el estado de Illinois. Un hombre influyente y poderoso. Respetado por todos. Altruista, donante de instituciones benéficas y culturales. Recientemente había sido distinguido por las autoridades locales como hijo adoptivo de la ciudad.

Frisaba en los cincuenta años. Su aspecto, aunque distinguido, era el de un luchador nato. El del hombre que se abre paso por su propio esfuerzo. Así había conseguido crear el imperio de la Billington Electric. Trabajando muy duro. Empezando de la nada.

—¿Nos conocemos, señor...?

—Eddie Friedrich. No, señor Billington. Y ruego disculpe mi intromisión, pero necesito hablar con su hijo. Es muy urgente.

—Mi hijo no se encuentra muy bien. Tal vez yo pueda ayudarle, aunque casi todo lo relacionado con la compañía es ahora dirigido por mi hijo.

—Es un asunto privado, señor Billington.

—Mi hijo y yo no tenemos secretos, ¿De qué se trata?

—Carolyn Eggar.

Elliot Billington arqueó las cejas.

Terminó por forzar una sonrisa.

—Sospecho que sí hay secretos. En cuestión de faldas no es muy comunicativo.

Edmonds... comunica a mi hijo la presencia del señor Friedrich y el motivo de su visita.

El mayordomo asintió con respetuosa reverencia

Se encaminó hacia la alfombrada escalera. Desde el hall era visible la baranda del corredor. Edmonds desapareció por el largo pasillo retornando a los pocos minutos.

Descendió parsimoniosamente la escalera.

—El señor Billington le espera, señor. Sígame, por favor.

Friedrich y Elliot Billington intercambiaron una cordial sonrisa de despedida.

Fue tras el sirviente.

Aquella casa era una de las más lujosas de Anton Boulevard. En la zona residencial de Leigh Hill. Una de las más aristocráticas de Chicago. Lejos de los pestilentes «Stock Yards», de las cloacas del Chicago River y del contaminado Lake Michigan.

Una casa de dos plantas, de severo estilo inglés, que contrastaba con los modernos bungalows de Anton Boulevard.

Friedrich fue conducido a las habitaciones privadas de Sidney Billington.

El mayordomo desapareció discretamente cerrando tras de sí.

La estancia era un pequeño estudio-biblioteca que sin duda comunicaba con el dormitorio. Tras una artística mesa escritorio esperaba el joven Billington.

Sidney Billington, el heredero del imperio.

Sí.

La descripción de Bill fue perfecta.

De unos veinticinco años de edad, aspecto enfermizo, pelo rubio, ojos muy claros, transparentes...

—No le esperaba tan pronto, Friedrich. Tome asiento, por favor.

—No parece muy sorprendido de mi presencia aquí.

—No lo estoy. Usted es un buen detective. Un hombre honrado. De ahí que, tras leer su puesta en libertad libre de toda sospecha, decidiera informarme sobre su persona y contratarle. Poco importaba que estuviera sin licencia. Iba a ser un trato entre caballeros. ¿Cómo dio conmigo?

—Los billetes. Cinco mil dólares en billetes de cien. Muy nuevos. También yo, gracias precisamente a ese dinero, he podido pagar mi

propia fuente de información. Se averiguó el banco que tenía numeración en los billetes... y el nombre de la persona que los retiró. Sidney Billington sonrió levemente.

—Sí..., muy sencillo. Reconozco mi torpeza, aunque tampoco me esforcé en ocultarme. Simplemente quería permanecer al margen. ¿Tengo que entregarle ya los veinticinco mil prometidos?

—Todavía no, Billington. Aún no he descubierto al asesino de Carolyn. Tal vez usted pueda ayudarme. Por eso estoy aquí.

—¿Qué quiere saber?

—¿Cuándo y cómo conoció a Carolyn?

Sidney Billington se reclinó en el respaldo del sillón. Entornó los ojos. Unos ojos grises que quedaron momentáneamente nublados.

—Hace unos cuatro meses. En el Lincoln Park. Ella paseaba sola al igual que yo. Entablamos conversación. Carolyn era distinta a todas cuantas mujeres había conocido.

—Lo supongo. No imagino a los Billington frecuentado prostíbulos.

—¿De veras? Acostumbro a ir a fiestas de sociedad, Friedrich. Damas elegantes, caballeros refinados... Muchas de esas... damas son auténticas ramera, sólo que no necesitan el dinero. Sólo dan rienda a sus bajos instintos. Sí..., Carolyn era una prostituta. Ella mismo me lo confesó a los pocos días. Cuando se percató de que me estaba enamorando de ella.

—¿Cuál fue su reacción?

—Yo amaba a Carolyn. En ella encontraba por primera vez comprensión, alguien con quien reír, hablar, soñar, amar... Nada me importaba. Sólo ella. Quiso hablarme de su pasado, pero no se lo permití. No me importaba. Me esforcé en convencerla para que aceptara ser mi mujer. Sí, Friedrich. Le pedí que se casara conmigo. Quería convertirla en la señora Billington.

—Imagino la alegría de sus padres.

Sidney Billington no acusó el sarcasmo de Friedrich.

—Soy mayor de edad. A nadie tengo que rendir cuenta de mis actos. Mi madre me comprendió. Lleva cerca de diez años inválida. Al ver el mundo desde una silla de ruedas ofrece perspectivas insospechadas; aunque ya le he dicho que nada me importaba. Sólo Carolyn. Y ahora está muerta... muerta...

Billington ocultó el rostro entre sus manos.

Tal vez para dejar escapar las lágrimas que nublaban sus ojos.

—Carolyn era una mujer extraña —dijo Friedrich encendiendo un cigarrillo—. Yo la conocí muy poco, pero sí lo suficiente para comprender que, en efecto, era distinta a las demás. Hoy he sido informado del pasado de Carolyn Eggar.

—¡No quiero conocerlo!

—Debe saberlo, Billington. Carolyn fue la única hija de un *cappo* de la

Mafia neoyorquina caído en desgracia. A la edad de quince años fue... adoptada por Mario Colizzi. Este murió hace un par de años. Acribillado a balazos en pleno Manhattan. Carolyn no quiso seguir con el sucesor de Colizzi. Se marchó de Nueva York, pero el Sindicato se incautó de todos sus bienes para dejarla partir. En Chicago se dedicó a la prostitución. Aquí existe una red de trata de blancas, pero no se atrevieron contra Carolyn. Había sido la chica de Mario Colizzi. La Mafia de Nueva York dio orden de que no se molestara a Carolyn.

—Nada me importa... nada me importa —Billington alzó súbitamente la cabeza. Enfrentó su crispado rostro a Friedrich—. ¡Sí!... ¡Hay algo que me importa!... ¡Quiero al asesino de Carolyn!

—Puede que haya intervenido la Mafia, Billington. Tal vez arrepentida de haber dejado marchar a Carolyn. Temerosos de que alguno de los secretos de Colizzi fuera conocido por Carolyn y...

—Tengo dinero, Friedrich —interrumpió Billington, alterado—. Mucho dinero. Emplearé hasta el último centavo. ¿Tiene miedo de enfrentarse a la Mafia? Eddie Friedrich sonrió.

Fríamente.

Denegó con un movimiento de cabeza.

—No temo a nada ni a nadie, Billington. El asesino de Carolyn pagará su crimen.

* * *

—¿Cuándo ha sido eso, Ernest?

—Pues... hace poco más de una hora. Bill te había buscado en el Bounty, en el local de Salkow... hasta llegar aquí. Encontró a la chica preguntando por ti en Gindes Road. Dijo llamarse Jennifer Morley y que tenía algo importante que comunicarte. Que te esperaría en su casa.

—Gracias, Ernest.

—¡Eh, muchacho!...

Friedrich, ya junto a la puerta de salida, giró.

—¿Sí?

—También ha preguntado por ti Lauren. Está preocupada por tu tardanza y...

—Dile que estoy bien, pero ahora debo irme.

Abandonó el Rome Hotel.

Se encaminaba hacia el Buick cuando sonó la voz a su espalda.

—No te molestes, Eddie. Yo te llevaré en mi auto.

El sargento Sturges.

Con su cruel sonrisa a flor de labios.

Friedrich le dirigió una despectiva mirada.

—Gracias, pero me apesta tu compañía.

—No me he explicado bien, bastardo. Esto no es una invitación.

Vienes conmigo a Homicidios.

—¿De qué se me acusa ahora?

—Eres un idiota, Eddie. Dejas dos fiambres y te olvidas de retirar tu alquilado auto de la Clover Agency. Dieron aviso a Homicidios y me desplazé hasta allí. Sólo por curiosidad. Yo llevo el caso de Carolyn Eggar.

—Oye, Kirk... me presentaré en el Departamento dentro de un par de horas.

Sturges chasqueó la lengua.

—Ya es muy tarde, bastardo. Llevo dos noches sin dormir. Desde el asesinato de Carolyn. Hoy quiero al menos descansar unas horas. Sólo te dejaré en Homicidios. No seré yo quien te interroge sobre las muertes de Kennedy y el otro fulano. En eso vas a tener suerte. ¡En marcha!

Friedrich permaneció inmóvil.

Aquello hizo sonreír al sargento de Homicidios.

—Hazlo, Eddie. Me gustaría que intentaras algo contra mí. Dame una disculpa para llenarte de plomo.

—Tengo una posible pista, Kirk. Algo que tal vez me permita descubrir al asesino de Carolyn Eggar. Una compañera de Carolyn va a facilitarme información. Por eso quiero que me concedas un par de horas.

Sturges borró de su rastro todo rastro de cinismo.

—Iré contigo, Eddie. Acéptalo o vamos a Homicidios.

Eddie Friedrich no dudó.

—De acuerdo.

Se introdujeron en el auto de Kirk Sturges. El policía se situó frente al volante.

—¿Dónde, Eddie?

—El 590 de Forth Street. Se trata de Jennifer Morley.

—¡Ah...! La recuerdo. Una mulatita muy bella. No nos dijo gran cosa. Estás investigando, ¿eh, Eddie? No cambiarás jamás. Puede que termines en el Michigan con unos zapatos de cemento.

—No tengo miedo a la Mafia.

El sargento Sturges dio un respingo dirigiendo una rápida mirada a su interlocutor.

—¿Cómo has...?

—Al igual que vosotros. Investigando en Carolyn Eggar. ¿Crees que la Mafia de Nueva York está involucrada?

—Te admiro, Eddie. Te admiro tanto como te desprecio. Eres un tipo listo. ¿La Mafia? No, diablos. Tampoco tú crees eso. Si la Mafia decidiera eliminar a Carolyn Eggar emplearía métodos más discretos. Los zapatos de cemento es uno de ellos. Violación, ensañamiento con el cadáver... No, La Mafia es limpia en sus ejecuciones.

—Puedes anotarte un buen triunfo en la Clover Agency.

—¿Qué quieres decir?

—Existe un doble fondo en el armario de Alex Kennedy. Allí están las fichas de las muchachas controladas por la organización Railsback.

Sturges sonrió irónico.

—Eso lo sé hace tiempo, Eddie. Y me pagan por silenciarlo.

—Hijo de perra...

—La prostitución es un mal necesario, Eddie. No tolero la droga, los asesinatos...; pero la prostitución organizada, ¿por qué no?

—Esas chicas son explotadas miserablemente, Kirk. Engañadas, violadas, sometidas a...

—No sigas, muchacho. Terminaría por llorar. Ya estamos en Forth Street... ¿por qué número has dicho? ¡Ah, sí... el 590!

Kirk Sturges estacionó frente al edificio.

Descendieron del auto.

Minutos más tarde abandonaron la cabina del elevador.

Eddie Friedrich, cuando se disponía a pulsar el llamador, se percató de que la puerta estaba entreabierta.

Intercambió una mirada con el sargento de Homicidios.

El policía desenfundó su reglamentario revólver del treinta y ocho.

Actuaron al unísono. Conjuntados. Como un ejercicio repetido una y otra vez. El sargento empujó la puerta para que Friedrich penetrara en el interior como una exhalación.

La luz del salón que comunicaba con el living aparecía encendida; pero no había nadie en la estancia.

Eddie Friedrich acudió al dormitorio.

Seguido de Sturges.

Sí.

Allí estaba Jennifer Morley.

Sobre el lecho.

Con los brazos en cruz. Las manos atadas a los barrotes. Un espeluznante tajo se iniciaba en la concavidad de su garganta profundizando entre los pechos hasta llegar a las ingles. En el vientre, sobre el ombligo, se veía un enorme boquete rojizo. El amputado seno izquierdo, una deforme masa de sanguinolenta carne, reposaba sobre el rostro de

Jennifer. Un rostro desencajado, crispado, incapaz de reflejar todo el horror presenciado por sus desorbitados ojos aún abiertos.

Jennifer, la diosa de ébano, se había teñido de sangre.

* * *

—Cielos... Cielos... Cielos...

Kirk Sturges repetía la palabra una y otra vez.

Contemplaba como hipnotizado el mutilado cuerpo.

No percibía el leve ruido, pero Sí Friedrich que reaccionó girando con rapidez para correr hacia la cocina.

Descubrió la sombra que trataba de pasar a la escalera de incendios por el abierto ventanal de la cocina.

Se abalanzó sobre ella.

Rodaron por tierra.

Kirk Sturges llegó iluminando la estancia.

—¡Quietos o disparo!

Eddie Friedrich retenía al individuo por el cuello. Contemplándolo con odio. Se incorporó lentamente.

—En pie, Billington.

Elliot Billington no obedeció. Permaneció en el suelo. Jadeante y sudoroso, Del ancho bolsillo del cubre-polvos asomaba el mango de un cuchillo. Sus manos protegidas por negros guantes.

—¿Le conoces, Eddie? —inquirió Sturges, sin dejar de encañonar al caído.

—También tú habrás oído hablar del todopoderoso Elliot Billington.

—¡Infiernos!... ¿El de la Billington Electric?

Elliot Billington comenzó a reír como un poseso.

—Sí, estúpidos... Yo soy Elliot Billington. Creéis haber triunfado, ¿verdad? Ilusos... Tengo poder suficiente para comprar toda la ciudad. Y amistades influyentes. No permitirán que Elliot Billington sea encarcelado de por vida. Una legión de abogados, los mejores, me defenderán.

—No tiene defensa posible, Billington —dijo Friedrich—. ¿Qué explicación puede dar a la muerte de Jennifer Morley? Imagino su odio hacia Carolyn Eggar. Su hijo iba a convertirla en su esposa.

El rostro de Billington se transfiguró.

—Sí... ¡Mi hijo casado con una ramera!... Traté de disuadirle... juro por Dios que agoté todas las posibilidades, pero Sidney estaba embrujado por esa mujer... era una endemoniada... También a mí me tentó con sus diabólicos encantos...

—Trata de justificarse, ¿no es cierto, Billington?

—No, condenación!... ¡Tenía que matarla! Era indigna de los Billington. ¡Una prostituta! Enloqueció a mi hijo. ¡Mi único hijo! Y mi deber de padre era protegerle. Por eso la maté.

—¿Qué me dice de Jennifer?

—Fue su presencia esta noche en mi casa... Sí, Friedrich. Su presencia me obligó a actuar. Yo ignoraba que mi hijo le había contratado. Podía llegar a sospechar de mí. De ahí que planeara matar a otra prostituta. Una amiga de Carolyn. Luego mataría a dos o tres más. Se creería que era obra de un loco, de un sádico, de un nuevo Jack el Destripador. Encontré a Jennifer. No le inspiré confianza como cliente, pero le convencí al decirle que sólo quería hablar con ella, que era el

padre del hombre que pensaba haber contraído matrimonio con Carolyn... Jennifer aceptó. Nos citamos para dentro de treinta minutos. Tenía que despedirse del Fairy.

—Y también buscarme a mí —dijo Friedrich, con dura voz—. Creo que la pobre Jennifer sospechó algo. Desgraciadamente no hemos llegado a tiempo.

Elliot Billington volvió a reír.

Se incorporó.

—Ya podemos irnos, amigos. ¿Quieren apostar que esta misma noche duermo en mi casa? Mis abogados lo conseguirán. Puedo pagar cualquier fianza. Luego un juicio. Locura pasajera. Amor de padre atormentado por ver a su hijo en las garras de una furcia. En la mente de todos están casos de personas poderosas que disfrutaban de libertad pese a sus delitos. Yo seré una más. ¿Uno o dos años de prisión? No creo que llegue a tanto. Máxime considerando la ínfima categoría moral de las víctimas. Una prostituta ambiciosa, una ramera negra... No, amigos. Yo soy el triunfador.

—El cuchillo, señor Billington —dijo Sturges, con extraña mueca—. Quítelo del bolsillo con mucho cuidado. Le estoy apuntando.

Billington sonrió.

—Tranquilo. Aparentaré ser un loco, pero no lo estoy.

Elliot Billington sacó el cuchillo con la punta de los dedos.

—Suéltelo, Billington.

Obedeció.

Sin abandonar su cínica sonrisa.

—¿Algo más, policía?

—Sólo esto.

Kirk Sturges apretó el gatillo del revólver.

La bala alcanzó de lleno en la frente de Elliot Billington.

Eddie Friedrich esbozó una sonrisa al percibir los brazos femeninos abarcar su cintura. Giró desviando la mirada del ventanal de la buhardilla para enfrentarse a los verdes ojos de Lauren.

—Eddie... ¿qué te ocurre?

—Nada. Simplemente pensaba.

—No pareces satisfecho de tu conversación con Sidney Billington.

—Lo estoy. Satisfecho y sorprendido. No esperaba que reaccionara así. Me citó para entregarme los veinticinco mil dólares.

—Pobre muchacho...

—¿Sabes una cosa? Cuando le expuse mi idea, su rostro se iluminó. Le sugerí que esos veinticinco mil dólares fueran el inicio de una sucursal de la Billington Electric en Barrio Shawn. Que aquí había obreros en paro, que se cubriría una amplia zona del sur de la ciudad y... Bueno. Fue en verdad sorprendente. Yo temía la entrevista. Y nada hablamos de... de Carolyn ni del viejo Billington. Sólo de proyectos para la próxima sucursal de la Billington Electric en Barrio Shawn. ¡Diablos!... No esperaba esa reacción en Sidney. Ha demostrado una entereza no acorde con su enfermizo aspecto físico. Es un gran tipo.

—Y tú tienes un importante puesto en la futura sucursal.

—Ahá. Te recomendaré como mi secretaria particular. —Oh, Eddie... todo está bien ahora. ¿Qué te preocupa? El rostro de Friedrich se ensombreció.

Se dejó caer en el sofá.

—Esta mañana he estado en Homicidios. Citado por el inspector Blackman. Me preguntó si tenía que añadir o rectificar algo por lo declarado por el sargento Sturges. Permanecí en silencio. Ratificando la declaración de Sturges.

—No comprendo...

—Sturges declaró en su informe que Elliot Billington intentó atacarle lanzando el cuchillo, el arma homicida en los asesinatos, y se vio obligado a disparar. No fue cierto, Lauren. Tanto Sturges como yo ya estábamos horrorizados tras contemplar el mutilado cuerpo de Jennifer. Billington se vanagloriaba de que con influencias y poder burlaría a la justicia, de que pronto estaría en libertad... Lo triste es que no estaba muy equivocado. Hay precedentes de ello. Lo de Sturges fue una ejecución.

—Algo más que eso, Eddie. ¿Imaginas un juicio contra Billington presenciado por su hijo Sidney? Este amaba apasionadamente a Carolyn, la primera víctima de su padre. Hubiera sido monstruoso... Yo... yo no soy quien para distinguir lo más conveniente para su padre, pero creo que lo ocurrido es justo. Al menos lo más conveniente para todos. Sidney es joven. Olvidará. Con su padre vivo

le hubiera resultado muy difícil. Imposible. Ahora, ese mismo aliciente de la proyectada sucursal, anima su espíritu. Apuesto que tú, luchando por los intereses de los obreros de Barrio Shawn, le ocasionarás muchos quebraderos de cabeza. Y eso es lo que necesita Sidney. Es vano juzgar los designios de Dios. Él puede utilizar a un mal policía para hacer justicia.

—¿Mal policía?... Puede que yo sea el equivocado. Tal vez hombres como Sturges sean los indicados para hacer valer la ley del asfalto. Cruel, duro, despiadado...

—No, Eddie. No digas eso —la muchacha acudió junto a Friedrich—. No todo es maldad en la ciudad. Siempre queda un camino. Incluso en la jungla de asfalto puede surgir una flor.

Friedrich asintió.

Pensando en Carolyn.

—Sí... Y estás tú, Lauren. A mi lado. Eso significa algo más que esperanza. Es paz, amor, felicidad...

FIN

Table of Contents

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

EPILOGO